

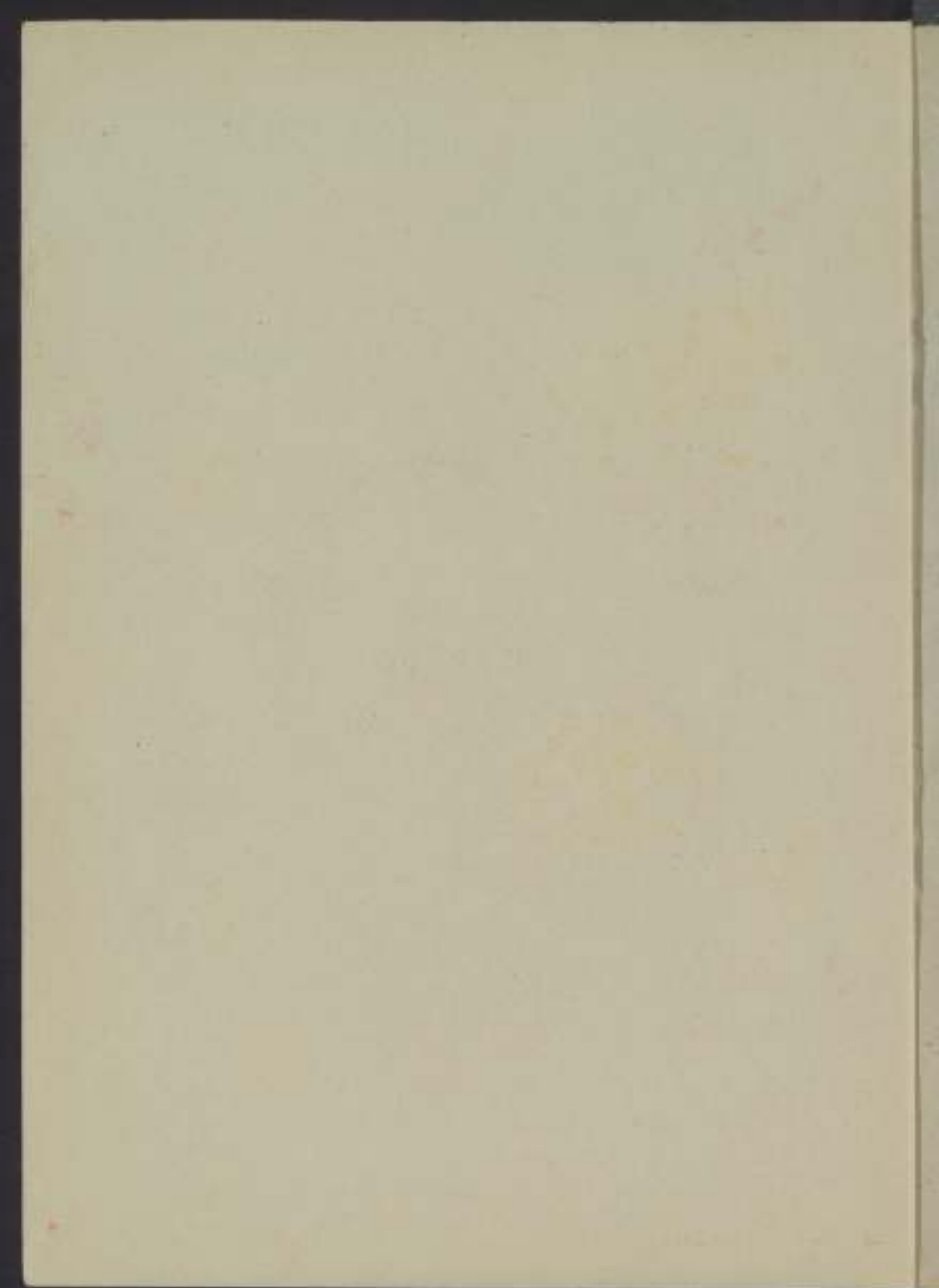
**IRIS**  
FILMS  
H. DEMIGUEL

**GEORGES GUÉTARY**  
**AIMÉ CLARIOND**

**JACQUELINE GAUTHIER**  
**GISELE CASADESUS**

*Les* **AVENTURAS de CASANOVA**

Editorial **El Financiero**





Reservados los derechos de  
traducción y reproducción

ARTES GRAFICAS ESTILO  
Valencia, 234 - Teléfono 27 06 57  
BARCELONA

# EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMON SALA VERDAQUE

Apartado 707 - BARCELONA - Teléfono 76657  
Valencia, 234 - Dirección telegráfica: EDITALAS

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería  
Barbarrá, 16, Barcelona - Turnera, 4, Madrid

EDITORIAL  
"ALAS"



AÑO XVII

SERIE ESPECIAL

NUM. 403

NUM. 154

## AVENTURAS DE CASANOVA

La legendaria figura del caballero Casanova, el irresistible,  
aquel que con sus miradas traspasaba el corazón  
de las más orgullosas y altivas, resurge de nuevo,  
tan audaz y romántico como siempre fué,  
para conquistar y rendir a sus pies a  
las más famosas y nobles bellezas  
de Francia.

REPERTORIO  
M. DE MIGUEL

Distribuida por



CASA CENTRAL  
MADRID

Avenida José Antonio, 42  
Teléfono 31 66 07

**PRINCIPALES INTERPRETES**

---

**Georges Guetary**

**Aimé Clariond**

**Noëlle Norman**

**Gisèle Casadessus**

---

**Realizador**

**JEAN BOYER**

**Argumento:** De las celebres  
memorias de Casanova;  
escritas por Marc Gil-  
bert Sauvajón.

---

---

**Novelización de**

**Marcos Estrada**

---

## UN ENCUENTRO FELIZ

Un caballero cruzaba el bosque, hermoso y sombrío. No podía prometerle nada bueno el día aunque el sol brillaba esplendorosamente y se filtraba por entre la espesura de las hojas, como para animar al jinete que galopaba sin rumbo fijo.

En el pueblo más cercano, el alguacil daba a conocer a todos los ciudadanos que quisieran escucharle una orden que acababa de ser dictada por la autoridad suprema. Sonó la trompeta, cuyas notas obligaban a hacer alto. Con voz de trueno, emitió el buen hombre la proclama:

—Serenísima república de Venecia: Se ofrece una gran recompensa a quien detenga, o ayude a detener, vivo o muerto, y por el medio que sea, al caballero Juan Casanova de Steingalt, evadido recientemente de la cárcel de nuestra bella y noble ciudad.

Esto proclamaba el alguacil, y al mismo tiempo colocaba el bando en las paredes, para que se enterara todo el mundo y así pudiera detenerse al que, según parecía, era culpable.

No había llegado hasta el bosque la proclama, no, porque estaba muy distante el pueblo y eran otras las voces que se oían. Eran de una dama, y parecía apurada.

—«Bayard»... escúchame, ¿quieres detenerte? «Bayard», estoy llamándote.

La que así se exclamaba y lamentaba era una lindísima amazona a quien su caballo había abandonado. ¿Qué hacer, perdida en pleno bosque?

—¡Oh, «Bayard»! ¿Cómo has podido hacer esto a tu ama?

Las voces de la amazona habían llegado hasta donde cabalgaba el caballero, y diestro en escuchar y orientarse, a los pocos instantes llegaba adonde se encontraba la amazona sin caballo.

El galán puso pie a tierra.

—Perdón, señora. ¿Qué os ha sucedido? ¿Se os accidentó el caballo?

—Sí, caballero—repuso ella sin reparar, en su apuro, que se trataba de un perfecto desconocido al que no habría dirigido la palabra sin la previa ceremonia de una presentación—; al intentar saltar un seto, no sujeté bien la brida y caímos.

—¿No estaréis herida?

—No, en realidad ha sido mucho más el susto que la caída.

—Es lamentable—dijo el caballero en su tono más respetuoso—, y el animal ha desaparecido.

—Yo, que pretendía unirme a la cacería por un atajo—dijo sonriendo la joven—, no podía ser más desgraciada.

—No puedo decir lo mismo—repuso el caballero—; yo pasaba solo y a galope tendido por estos lugares; no cabe mayor felicidad.

—Decidme quién sois, caballero.

—Nada más que un gentilhombre italiano que pretende entrar en Francia.

La joven le miró asombrada.

—¿En Francia? ¡Pero si estáis en Francia, caballero!

—¿Esta tierra es Francia?—preguntó con insistencia e incredulidad.

Ella asintió con la cabeza, sonriendo afagada.

—Entonces, ¡estoy salvado! Señora, acabáis de devolverme la libertad... Es un favor que no se sabe apreciar. Se respira sin pensar en el aire; aceptamos el perfume de la flor como cosa natural; se abre la ventana sin reparar en el picaporte; cerramos la puerta sin importarnos el cerrojo; pero todo esto representa un símbolo, y cuando nos falta, ansiamos el aire, el perfume de la flor... el picaporte y el cerrojo de la puerta. Es decir, se ansia la libertad. Perdonad, señora, me ha exaltado... Francia se sube a la cabeza como un vaso de vino añejo.

—Si no es indiscreción, ¿puedo saber adónde vais exactamente?

—Antes de saber adónde voy, cosa que tengo que pensar, desearía que me dijerais dónde estoy.

La joven le miró asombrada. ¿Era posible que no supiera dónde se hallaba? Procuró luego disimular y dijo con naturalidad:

—En mis tierras, caballero. Me llamo Genevieve de Carlin y vivo con mi hermano en el castillo del mismo nombre a una legua de aquí. La frontera italiana está algo distante hacia ese lado. El caballero se inclinó ceremoniosamente.

—Os agradezco vuestra hospitalidad, señorita. Permitid que me presente: soy Jean Casanova de Steingalt.

Esta vez Genevieve no pudo ocultar su sorpresa.

—¿Vos sois el caballero Casanova?

—El mismo. ¿Es que mi nombre tiene el poder de asustar a las jóvenes?

—¿Casanova?—murmuró en voz baja Genevieve.

—¿Me conocéis, tal vez?

—Dispensadme, señor, pero un gentilhombre italiano, amigo nuestro, me ha hablado de vos en términos tales, que os imaginaba distinto. Se dice que no tenéis el menor aprecio al pudor, a la sensibilidad y al afecto. Se os cita como un libertino capaz de las peores fechorías...

—Y me he escapado de la cárcel. ¿Podéis sacar la conclusión de que ello es cierto? Si vos lo creyeráis así, os pediría que inmediatamente me arrojarais de vuestras tierras. Pero os confieso que jamás sentiría como en este momento la desgracia de tener una reputación que no es a mí a quien corresponde calificar.

Genevieve quedó pensativa un instante y tomó una decisión rápida.

—Acompañadme al castillo, caballero. Se ha hecho demasiado tarde y mi hermano podría intranquilizarse.

Casanova se colocó a la derecha de la dama llevando su caballo por la brida y continuaron andando por el bosque en dirección al castillo.

Mientras iban adelantando camino, Genevieve resolvía la cuestión en la siguiente forma: Presentaría a Casanova a su hermano Máxim y conseguiría que le invitara a pasar unos días con ellos.

Ni por un solo instante se le ocurrió a la joven, hechizada ya por la presencia de aquel galán, que su hermano se opondría con todas sus fuerzas a cobijar bajo su techo al hombre cuya fama de seductor era conocida en toda Europa.

### TENAZ OPOSICION

Máxim de Carlin paseaba arriba y abajo de la estancia, enfurecido, y Genevieve, en tono suplicante, le pedía que a lo menos saludara a su indeseable huésped.

—No acabo de comprender, Genevieve, cómo has podido traerle hasta aquí. Ni que pensar en aceptarlo como invitado. Es preferible que se marche esta misma noche.

La joven estaba dispuesta a defenderle hasta el último instante.

—¡Por Dios, Máxim! Si te vieras abandonado, sin recursos, en un país extranjero, lamentaría que te recibieran haciéndote sentir el peso de la inhospitalidad.

—A mí no me compares con un aventurero! Tú sabes muy bien y de sobra las cosas que el marqués de la Selva te ha dicho sobre su reputación.

—Los hombres le desprecian porque le envidian.

—Y las mujeres le quieren demasiado—exclamó Máxim, indignado ante la ferquedad de su hermana.

—¡Es posible! Le atacas sin conocerle y, además, le juzgas.

—No, no me gustan los caballeros de los caminos que aparecen oportunamente en el bosque para prestar auxilio a las jóvenes románticas.

—¿Qué quieres decir?—preguntó Genevieve, altiva.

—Quiero decir que ese hombre en casa me molesta y precisamente me molesta porque temo que a ti te guste demasiado.

—¡Máxim, tú estás loco!

—No sé cuál de los dos estará más loco; si yo, que veo claro, o tú, que aceptas la presencia de un extranjero sospechoso, que

en el poco rato que lleva en casa ha trastornado a todo el que lleva faldas aquí, desde la cocinera hasta tu señorita de compañía.

Genevieve ya no intentaba disimular.

—¡Qué insensatez! Pero te prevengo, Máxim, que el señor de Steingalt se marchará del castillo cuando le parezca.

No esperaba esta respuesta el castellano, y contestó, a su vez, en voz alta para imponer su autoridad.

—Genevieve, eres mi hermana y me obedecerás. Te doy una nueva oportunidad para que reflexiones. Aquí se aprecia como ejemplo la cordura. Muéstrate digna de tu clase. ¿Qué puede ofrecerte el señor de Steingalt? Es un depravado y de semejante ser no se puede esperar nada.

La joven levantó los brazos desesperada.

—Ese odio te pierde, Máxim... Cuánto lo lamento. Me retiro; buenas noches.

Máxim le cortó el paso.

—Escúchame, Genevieve; estoy seguro de que ese hombre es capaz de cualquier fechoría que le produzca diversión, aunque sea a cambio de la reputación de una mujer.

—Tú no eres una mujer, Máxim, no temas nada.

Era inútil toda discusión; ni uno ni otro estaba dispuesto a ceder.

—Puesto que te obstinas emplearé otros medios—dijo Máxim fuera de sí—, mañana iré a hablar con ese Casanova.

Genevieve había salido de la estancia sin haber oído las últimas palabras de su hermano. Recorrió los sombríos pasillos del castillo y cruzó la galería de pinturas que conducía a las habitaciones destinadas a los forasteros. Llamó suavemente a una puerta de complicada talla de madera y penetró en la cámara donde se alojaba Casanova.

—¿Vos, señorita?—preguntó, sorprendido, el intruso.

—¿No esperabais mi visita? ¿Os sorprende?

—¡Sí!

—La estimé oportuna y necesaria después de la discusión que acabo de tener respecto a vos.

—¿Respecto a mí?—Interrogó, curioso.

—Mi hermano os desprecia.

—¿Y lo confiesa? Es valiente; hay que hacerle justicia.

—Sí, pero pensad que mañana por la mañana buscará deliberadamente una querrela con vos. Desea que os marchéis.

El semblante de Casanova se endureció por un momento, pero al contemplar a la compungida Genevieve dijo:

—Por Dios, señorita, no quiero que por mí...

—Me he propuesto, y así se lo he dicho a mi hermano, que permanecáis aquí todo el tiempo que os plazca. He venido aquí ahora tan sólo para asegurároslo.

Casanova contempló aquel bello semblante, en el que se adivinaba la lucha que había sostenido con Máxim.

—Me he propuesto, y así se lo he dicho, que permanecáis aquí tanto tiempo como os parezca. He venido a veros esta noche tan sólo para daros cuenta de la situación.

—Os lo agradezco mucho, pero si las cosas han llegado a este punto mi deber es marcharme. Ante todo está vuestra tranquilidad y no quiero perturbarla.

La joven permaneció silenciosa como si luchara con sus pensamientos.

—Me habéis comprendido mal, caballero Casanova. Para mi tranquilidad lo mejor es que no os marchéis.

Casanova la miró intensamente. Empezaba a adivinar el estado de ánimo de Genevieve y prefirió que fuese ella quien hablara.

—¿Queréis que me explique con más claridad? Sea, os lo confesaré. Por muy humillante que esto pueda ser para una mujer de mi clase, y a fe que vuestro silencio es ya una prueba de mi error... os amo, Jean.

Casanova se acercó a la joven y luego retrocedió. Su silencio era demasiado expresivo para el atormentado corazón de la muchacha.

—Mi hermano Máxim no andaba equivocado. Hace tiempo que os quiero, como si fuese una chiquilla impresionable. Sois el que quería y esperaba inconscientemente al escuchar las mezquinas historias que me contaban de vos. Os quiero, Jean, y vos no me correspondéis.

Era indispensable hablar, decir algo para calmar a aquella palomita atolondrada que acababa de mostrarle su corazón.

—Escuchadme...

—No, Casanova, no os esforcéis en mentir.

—No, no merecéis este trato. Sin embargo, vos sois joven, atractiva y me resultaría tan fácil mentiros...

—Tal vez lo habría preferido.

—Siento por vos tal estima que...

—Callad, por favor. Comprendo que los sentimientos no se improvisan. Vos sólo podéis ofrecirme vuestra amistad y la aceptaré. Prometedme que permaneceréis en Carlin algunos días.

—Fácil promesa, Genevieve.

—Gracias. Haré lo que sea necesario para que esta morada os parezca un poco la vuestra. ¿Os gusta la casa? Los bosques de Carlin os reservan agradables sorpresas.

—En efecto, me gusta la casa, y me gusta porque viene a ser una imagen de la vida, de mi vida. Lejos del peligro me aburro. Mi temperamento exige el riesgo, la intriga, la fuerza o la astucia. Quiero vivir mucho más deprisa que un hombre vulgar. Deseo que cada uno de mis actos sea una apuesta en la que lo arriesgo todo. Si estoy o no equivocado ha de ser la vida quien me lo diga, y la vida empieza mañana.

Las palabras de Jean acababan de revelar a Genevieve el temperamento de aquel hombre audaz. Era inútil intentar sujetarle.

—Marchaos, Jean, marchaos. Sin daros cuenta habéis expresado vuestros sentimientos; mañana huiríais a escondidas. Prefiero deciros adiós. Marchaos en seguida. Partid, después yo trataré de comprenderos.

—Gracias, Genevieve, habéis sido muy buena. No os olvidaré jamás, aunque jamás volvamos a vernos.

La joven le miró en los ojos con tanta valentía como pudiera tener él.

—Os volveré a ver, Jean de Casanova. El día que estéis abandonado, cansado de vos mismo y de todo, sin dinero, sin esperanza, sin amigos, acudid al castillo de Carlin. Aquí me encontrareis, tal como me dejáis esta noche. Tomad esta sortija—dijo ella sacándose de un dedo una preciosa joya—, tal vez os aporte suerte. Además, el propósito no es suficiente para conquistar el mundo. Guardad con aprecio este recuerdo de nuestra amistad, tan breve como un sueño...

## DE NUEVO HACIA LA AVENTURA

Casanova siguió la indicación de Genevieve, y habiendo ésta ordenado que ensillaran la montura del caballero le vió partir y alejarse al galope del castillo de Carlin, cuyo recuerdo había de seguirle toda la vida.

Llegó Casanova a una posada y se acercó al eriado que estaba en la puerta.

—¿Cuántas leguas hay hasta París?—preguntó.

—Algo más de cuarenta y cinco, mi señor.

—Pues hemos caminado deprisa. ¿Dan hospedaje aquí?

—Desde luego, mi señor.

El posadero se había acercado al oír la habladuría en el patio y se inclinó ceremoniosamente ante el nuevo huésped, que tenía todo el aspecto de ser un noble caballero.

—Mi señor...

—Ya veo que no soy el único que se ha parado aquí esta noche—dijo Casanova al ver otros caballos en la cuadra.

—Sí a mi señor le gusta la compañía...

—Me encanta. ¿Hay mujeres?

—No, mi señor, pero tenemos un comerciante, un gentilhombré inglés, un joven poeta y un capitán de caballería.

—Y, ¿una habitación también?

—Naturalmente—contestó el reverenciante posadero—, y una habitación.

—Una habitación y una cena, y mientras espero lo uno y lo otro un buen jarro de vino del Loire.

—En seguida, mi señor.

Entró Casanova en la posada y examinó su aspecto y el de los demás huéspedes, mientras el posadero iba en busca del vino. Llegó el vino y el caballero tomó asiento ante una mesa que le permitía ver a todos los que estaban en la estancia. Los cuatro que había mencionado el posadero ya habían terminado de cenar y se entretenían en una animada partida de naipes. Casanova ar-

día por unirse al grupo y lo hizo sin gastar muchos cumplidos. Abandonó su mesa y se acercó a la de los jugadores.

—Si me permitís—dijo.

—Por mi parte no hay inconveniente—dijo el más joven de todos, cuyo aspecto llamó poderosamente la atención de Casanova.

—Tal vez os parezca inoportuno, pero me entusiasma el juego. Me presentaré. Jean Casanova de Steingalt.

—Henry Prieur de Labzac, agregado a su alteza real el príncipe de Conti, en calidad de poeta.

—Muy honrado—respondió Casanova.

—Francis de Henriquez de Mular—dijo otro.

—Capitán de Piquebize, del regimiento del Rey.

—Honoré Cacheux, fabricante de paños de Grenoble y síndico de comerciantes de la ciudad.

—Sentaos—dijo el poeta—¿Conocéis este juego?

—Por supuesto, soy de Venecia—contestó sonriendo a su joven y brillante compañero de mesa.

Los otros tres jugadores eran gentes corrientes, cada uno dentro de su clase, pero el poeta era distinto a los demás. Su radiante juventud emanaba tal simpatía que a Casanova se le hacía difícil identificarle con la profesión que había dicho desempeñaba junto a un príncipe. ¿Le recordaban los ojos del poeta los de Genevieve? No era momento de pararse en tales cavilaciones.

—Escuchadme, señores, vengo de pasar una temporada en Italia y sólo dispongo de algún dinero, pero me queda esto.

Casanova se sacó del dedo la sortija que le había entregado Genevieve y la dejó encima de la mesa.

—Valoradla vosotros mismos, caballeros; esta sortija no tiene precio para mí.

Todos los jugadores la examinaron y sólo el poeta habló.

—Esta sortija vale, a lo menos, diez mil libras. En todo caso, estoy dispuesto a jugarosla por esa suma. Os ofrezco otra ventaja: la posibilidad de rescatar vuestra sortija al final de la partida, si estáis en condiciones de recuperarla.

—Bien, acepto—dijo Casanova.

—Tomad, un primer anticipo—expresó el poeta entregando un bolso con dinero—. Cortad, rey, valé... la banca gana.

La partida seguía animada en la posada, y en el castillo de Carlin había quien no había podido olvidar al caballero Casanova.

Genevieve paseaba inquieta por su habitación. Había mandado a su doncella en busca de uno de sus más fieles servidores.

Se abrió la puerta y apareció Jasumi.

—Señora, ¿me habéis hecho llamar?

—Sí, Jasumi, para confiarle una misión que es más importante que mi propia vida. ¿Te acuerdas del caballero Casanova?

—Sí, señora, es uno de esos hombres que no se olvidan fácilmente.

—¿Le has hablado?

—No, señora.

—¿Te reconocería, si te viera?

—No lo creo, señora.

Le costaba un esfuerzo a Genevieve hacer el encargo que iba a hacer, pero su amor era tal que superaría el obstáculo, por grande que fuera.

—Pues bien, vas a marcharte, y, sin darte a conocer, te unirás a él en París. Ignoro dónde se aloja, pero tú lo descubrirás, estoy segura. Cuando lo hayas encontrado, acércate a él de la manera que te parezca mejor, y si consigues que te admita como criado no le abandones nunca.

—Está bien, señora.

—Sé su criado, su sombra, su providencia. Tenme al corriente de su vida de manera regular. Ocúltame sólo las aventuras amorosas que pueda tener. No es, sin embargo, un espía lo que le envío, sino un amigo. ¿Me has comprendido?

—Creo que os he comprendido perfectamente, señora.

—Llévate esta bolsa —añadió Genevieve entregándole dinero—, ensilla el mejor caballo de nuestras cuadras y márchate en seguida. Si el señor de Casanova tiene precisión de la menor cosa házmelo saber.

—Seréis servida, señora.

—Piensa, Jasumi, que deposito en ti toda la confianza.

Poco rato después de esta conversación entre dueña y criado, Jasumi partía también al galope como horas antes lo había hecho Jean de Casanova.

## EL FINAL DE UNA PARTIDA DE JUEGO

La partida continuaba animada en la fonda y parecía que la suerte se inclinaba por el poeta.

—Ocho, nueve... la banca gana.

—Es increíble—exclamó el comerciante de paños—; a fe mía que he de abandonar el juego, de lo contrario no tendré bastante dinero para regresar a Grenoble.

—Yo también me retiro—dijo Piquebize.

—Y yo os sigo—exclamó Henriquez—; tenéis una suerte, caballero poeta, que desafía la honradez.

—¿Qué queréis insinuar?—preguntó el poeta con insolencia.

—Que vuestra suerte es anormal y sospechosa.

Casanova había estado escuchando la conversación y era necesario que también él dijera alguna cosa.

—No tengo más remedio que imitarles, a no ser que se me permita pagar con gujarros, en este momento es lo único que podría perder.

—La fortuna es cruel, caballero—dijo el poeta, mirando fijamente a Casanova con unos ojos que no podían menos que inquietarle.

—Hay que saber perder lo suficiente—dijo el aventurero—para ganar alguna vez.

—Desgraciado en el juego... afortunado en amores—añadió el poeta.

—Ya lo sé. Todo el que gana dice esto. Molesto consuelo para el contrario. Buenas noches—replicó Casanova, disponiéndose a retirarse.

—¿Teniais en mucha estima esta sortija?—preguntó el poeta cogiéndola entre sus dedos.

—Sin duda estaba escrito que no debía conservarla—repuso amargamente, y sin detenerse más se separó del poeta.

—¡Posadero!—exclamó éste.

—Vuestra cena, mi señor—dijo el posadero dirigiéndose a Casanova—, estará dispuesta en un instante; si mi señor desea ver su habitación puedo subir a enseñársela, está preparada.

—Vamos; a falta de mejor diversión, quizá me aclare un poco las ideas.

Subieron huésped y posadero al piso superior.

—Por aquí, mi señor; esta es vuestra habitación—y le mostró una lujosamente amueblada.

—No está mal, pero la hubiese preferido más económica; soy modesto por temperamento—y mientras decía esto, Casanova paseaba la mirada por todo el cuarto hasta que sus ojos se posaron en unas prendas de mujer.

—Aquí debe haber un error, porque esta habitación está ocupada.

—No es equivocación, mi señor; llamado mejor, suerte.

—¿Suerte?

Desapareció el posadero y se abrió la puerta de la habitación contigua, por la que apareció el poeta en su verdadera personalidad de hermosa mujer.

—Bien jugado, querido poeta—dijo Casanova—. Tenéis la imaginación más extraordinaria del mundo.

—Es el peor de mis dones—dijo Henriette.

—No lo pongo en duda.

—Sentaos—dijo la hermosa.

—¿Que me siente? ¿Si vos lo pedís?...

—Quise venir a veros para daros un consejo.

—Adoro los consejos; decid...

—No juguéis nunca a las cartas con desconocidos.

—Resulta tan agradable.

—¿Incluso cuando perdéis recuerdos de tanto valor como esta sortija?

—Tengo días afortunados—dijo Casanova contemplando entusiasmado a la joven cuyos ojos ya le habían intrigado durante la partida—. Os sienta admirablemente el disfraz.

—Sois muy galante, pero tomad la sortija, es vuestra.

—No, la he perdido en el juego.

—Os la he ganado con trampas.

—¿Con trampas?

—Sí, noble y confiado caballero.

—Es admirable. Yo me propuse hacerlas también, sin lograrlo.

—Defecto de vuestro mal aprendizaje. Tened, aceptad la sortija.

Casanova tomó la sortija de una mano diminuta que besó apasionadamente.

—Pero decidme, ¿erais la única que hacía trampas?

—Éramos tres. El señor de Henriquez y el capitán no se han privado de hacerlo.

—¿Ellos también?

—Sí, solamente que tienen que hacer serios progresos todavía. El único imbécil honrado de la partida era, aparte de vos, el comerciante de paños... pero no siento piedad por los comerciantes.

—Sois cruel con el que habéis despojado.

—¿Dónde vais vos? ¿Qué estáis buscando?—preguntó Henriette, interesada.

—Voy a París... y a pesar de mi inexperiencia de jugador, quiero hacer fortuna.

—¿Sois ambicioso?

—Fatalmente.

—¿Os gusta el peligro?

—Me entusiasma bajo todas sus formas.

—Existen tres formas: la intriga, el juego y las mujeres.

—Adoro el juego y la intriga...

—Y a vos os adoran las mujeres. Tengo confianza en vuestra estrella, Jean de Casanova, pienso que llegaréis lejos. Si queréis, podemos ir juntos.

—¿Puedo daros mi respuesta?—y sin aguardar más, Casanova estrechó a Henriette entre sus brazos.

—Las mujeres se encargarán de que aprendáis a amarlas, estoy segura... Os enseñaré a ser ambicioso. En la ambición se condensan todas las peticiones del mundo. Todo viene de ella y todo va hacia ella. Yo viajo, como sabéis, bajo el nombre de Henry de Labzac. He bailado en la Academia Real bajo otro apellido y me llamo, en realidad, de una tercera forma. Mi nombre es Henriette.

—¡Henriette!—dijo Casanova acariciando sus manos.

—La danza me atraía, pero en seguida comprendí que no conseguiría nada. Entonces dejé el baile por las confidencias... Confidencias de orden político, informes estrictamente secretos. Comprendedme sin hablar más. No es posible deciros otra cosa. Sabed solamente que es una vida azarosa, donde la muerte es más fácil de alcanzar que el dinero. Esa vida es precisamente la que os propongo. ¿La aceptáis?

Ante la aventura, los ojos de Casanova brillaban ansiosos.

—¿Que si la acepto? Haré más. Os suplico que me dejéis compartirla.

—Tal vez creáis temerario que me descubra a vos tan rápidamente; pero me fío con frecuencia de mi instinto. Soy mujer, y me atrevo a asegurar que nuestro encuentro era necesario.

—Para mí era indispensable—dijo Casanova abrazando a Henriette.

—Regresaré a París al amanecer—dijo la joven—, pero no es conveniente que viajemos juntos. Llego de Inglaterra y tengo la impresión de que se interesan por mí demasiado. Vos me encontraréis en la posada de Pont-au-Change, en el muelle del Sena, dentro de dos días por la noche.

—Posada de Pont-au-Change. Allí iré—prometió Casanova.

—Bien, he dicho al posadero que me sirva aquí la cena. ¿Queréis compartirla conmigo?—preguntó Henriette.

—A condición de que me habléis de vos.

—Un buen tema. Mentis con una sinceridad que desarma. Casi parece verdad.

—Yo no miento... os adoro.

—No, pero suena tan agradable oírlo decir, ¿qué importa!

### SANGRE EN EL CAMINO DE PARÍS

Amaneció mucho antes de lo que algunos hubieran deseado, pero al sol no hay quien le detenga, ni los desgraciados ni los dichosos, y antes de que sus primeros rayos iluminaran la tierra, tan sólo cuando el cielo perdía su azul oscuro para vestirse de

rosa y azul pálido, el caballero de Casanova ya estaba en el patio de la posada dispuesto a marchar y continuar su camino hacia París.

—Buenos días, mi señor—dijo el posadero haciendo reverencias—. ¿Mi señor ha pasado buena noche?

—La mejor de mi vida... hasta la de mañana, supongo—contestó riendo el caballero.

—Así lo espero por vos, mi señor.

—¿Preparasteis mi caballo?

—Sí, mi señor. Mi señor ¿se dirige a París?

—Sí. ¿Cuánto os debo?

El posadero sonrió socarronamente.

—Nada, mi señor, vuestra cuenta la ha pagado esta madrugada... el caballero poeta cuando nos dejó, hará dos horas solamente.

—¡Ella! Perdón. ¿Ha tomado el camino de París?

—Sí, mi señor, Lamento, desde luego, que mi señor deje tan pronto mi posada.

—¡Bah! No os preocupéis, aun os quedan otros tres viajeros.

—Dos, mi señor; el capitán de Piquebize ha marchado también esta mañana antes de amanecer.

—La fortuna dicen que pertenece a los que madrugan.

—Pues yo, mi señor, me levanto todos los días a las cuatro y todavía no la he visto—dijo el criado, que andaba arreglando el caballo.

—Disculpadle, mi señor—se apresuró a decir el posadero.

Sonrió indulgente Casanova mientras montaba, y entregando unas monedas al criado le dijo:

—Toma, te deseo que algún día encuentres la fortuna en tu camino.

Alegre, como hacía tiempo que no lo estaba, Casanova puso su caballo al galope y anduvo algunas millas sin que nadie se cruzara en su ruta. Cruzó pueblos y villorrios, y al llegar a un cruce de dos caminos vió un grupo a la sombra de un árbol. Su espíritu aventurero le hizo acercarse a aquellas gentes para enterarse de lo que pasaba.

—¿Qué ha ocurrido?—preguntó en términos generales.

—Un accidente, mi gentilhomme—contestó un campesino.

—Un muerto—añadió una mujer de las que engrosaban el grupo.

Casanova saltó del caballo y, sin preocuparse de sujetarlo, se abrió paso para mirar al que yacía en el suelo. Una exclamación sorda surgió de la boca de Casanova al darse cuenta de quién era el herido.

—¡Henriette! ¡Mi pequeña Henriette!—dijo Casanova.

Como si la voz del caballero hubiese poseído un don especial, la desgraciada que yacía en el suelo entreabrió los ojos y murmuró una palabra:

—¡Jean!

—No puedes hablar, no te esfuerces—dijo Casanova; arrodillándose junto a la moribunda.

—He de hacerlo. Tenía una entrevista en París con el señor de Varjennes... es el jefe de la policía—dijo pensativamente Henriette, a quien la vida le hula por momentos.

—Vivirás, Henriette: tendremos muchos éxitos juntos—decía Casanova.

—Los tendrás solo, piensa en mí alguna vez... No se desaparece completamente cuando hay quien piensa en uno.

—Henriette, Henriette, no, no te vayas; te quiero...

—Mientes... habláme, es tan hermoso morir escuchando estas mentiras...

La pobre moribunda, a quien sangraba el pecho, herida en traición acometida, ya no podía hablar. Miró a los que la rodeaban, sin luz en los ojos, y los cerró para siempre.

—¡Henriette! ¡Henriette!—gritó Casanova, pero sus palabras ya no fueron oídas por aquella que pocas horas antes era toda juventud y belleza.

Casanova examinó detenidamente a la muerta y arrancó de su pecho el puñal traidor. ¿Dónde había visto él aquella daga anteriormente? Cerró los ojos para concentrarse y se le reprodujo la mesa de juego de la posada. Sí, era el puñal del capitán Piquebize que había dejado abandonado sobre una silla. Casanova se guardó el arma.

Los compasivos campesinos recogieron el cuerpo de Henriette y con él se dirigieron al cementerio del pueblo para darle sepultura.

—¡Que Dios acoja su alma!—dijo un campesino.

La triste comitiva se puso en marcha y Casanova quedó solo pensando en la traición de Piquebize.

Mientras tanto, Jasumi había llegado hasta la posada donde había pernoctado Casanova.

—¿Un caballero, joven, apuesto?—preguntaba al criado.

—¿Noble y generoso?—interrogaba, a su vez, el sirviente.

—Sí, exactamente, noble y generoso.

—Pues bien, señor, se ha marchado esta mañana temprano hacia París y no parecía tener prisa.

—Gracias, con un poco de suerte le encontrare antes de anochecer—dijo confidencialmente Jasumi, mientras emprendía de nuevo la marcha sin detenerse a aceptar la hospitalidad de la posada.

También Casanova había continuado su camino, con más celeridad que antes de cruzarse con las gentes que habían visto cómo caía Henriette del caballo mortalmente herida.

Habría andado algunas millas cuando Casanova divisó a dos jinetes que le llevaban cierta ventaja. Picó espuelas, porque le interesaba alcanzarles, y como si el caballo hubiese adivinado sus intenciones voló por la carretera hasta situarse junto a los otros dos que cabalgaban.

—Buenos días, capitán—dijo Casanova—. Buenos días, padre—porque era un fraile quien acompañaba a Piquebize.

—Buenos días, caballero—contestó Piquebize, no demasiado satisfecho por el encuentro.

—Buenos días, hijo mío—agregó el monje.

—¿Estabais confesándoos, capitán?—preguntó Casanova con sorna.

—No, caballero, pero siempre conforta ensalzar los méritos de Dios; el padre lo afirmaba...

—Sí, sí, ya sé. Es muy agradable encontraros de nuevo—dijo Casanova—. Os habéis marchado esta mañana tan temprano, que no he podido despedirme.

—Dispensad, caballero, pero mi servicio no me permitía demorar la salida.

Casanova permaneció un rato en silencio, como si meditara lo que pensaba decir.

—A propósito, capitán, ¿no os habéis tropezado en el camino con el joven poeta con quien estuvimos jugando una partida anoche? Se marchó esta mañana un instante después de vos.

—No; además, puesto que partió después que yo, ¿cómo iba a encontrarle? Para eso tenía que haberme adelantado y no me he detenido hasta aquí.

—El poeta sí que se ha detenido—dijo Casanova acentuando sus palabras.

—Razón de más...

El capitán Piquebize no parecía interesado en una conversación en la cual Casanova insistía.

—Un... accidente le hizo detenerse—dijo el caballero.

—El camino tiene sus peligros—contestó Piquebize con indiferencia.

—¡Y también sus asesinos!—dijo Casanova sin poder contenerse más.

—No os comprendo, caballero—repuso Piquebize.

—He aquí la explicación—contestó Casanova mostrándole la daga—¿Reconocéis esta daga?

—¡Idos al diablo!—dijo Piquebize por toda respuesta.

El monje permanecía silencioso y un poco asustado.

—Capitán de Piquebize, no estoy seguro de que éste sea vuestro nombre ni de vuestro grado, pero sé que habéis asesinado esta mañana a una mujer en el camino de París y vengo a pedir os una explicación.

El capitán miró a Casanova con insolencia.

—Ya observé anoche que os mezcláis con facilidad en asuntos que no son de vuestra incumbencia. Tanto peor para vos, pero os prevengo que ha sido esa curiosidad la que costó la vida a vuestra querida Henriette.

—Ignoro las razones de ese crimen, sé solamente que vos lo habéis cometido y eso me basta, falso y asesino capitán...

Los dos hombres saltaron de sus respectivos caballos y allí mismo empezó el duelo. Sacaron sus espadas, y a golpes y estocadas cada vez con más encono iban de un lado al otro del camino, demostrando ambos ser buenos espadachines.

—¿Qué os parece este golpe?—preguntó Piquebize después de haber asestado un golpe que podía haber sido mortal.

—Insuficiente. Teniais razón hace un instante. Es preciso que uno de los dos vaya al diablo; perdonadme, pero seréis vos.

El monje no podía presenciar indiferente aquella pelea que forzosamente tenía que acabar con uno de los dos hombres. Hizo como si se marchara.

—No os vayáis, padre—gritó Casanova—. Sería lamentable que pudieran decir que maté a este hombre de otra manera que en duelo... no os marchéis, o también os mataré.

La lucha continuó encarnizada un buen rato, hasta que sucumbió Piquebizo de un golpe certero de Casanova.

—En nombre del cielo—suspiró el monje.

—¡Habla jurado devolverle la daga!—exclamó Casanova, al tiempo que se la clavaba en el corazón.

No se había dado cuenta Casanova de que tenía espectadores, hasta que oyó que alguien le decía:

—Mi enhorabuena, señor.

—¿Quién sois vos?—preguntó el caballero.

—La admiración es anónima.

El que hablaba era Jasumi, el enviado de Genevieve, que al fin había alcanzado a Casanova.

—¿Qué queréis?—preguntó el caballero.

—Servir a vuestra señoría.

Casanova le observó de arriba a abajo.

—Por Dios, que parecéis tener tanto aplomo como poca estatura.

—Como criado, príncipe, mi corta estatura es una cualidad más. Eso os garantiza que no me pondré vuestros trajes para ir en busca de fortuna.

Le chocó la contestación al caballero y le preguntó:

—¿De dónde habeis salido?

—De ninguna parte, y, si vos lo consentis, iré donde vayáis.

—¿Vuestro nombre?

—El que vos me deis.

—¿Vuestro salario?

—El que me ofrezcáis.

—Tu fantasía me gusta. Quédate, ya veremos, y puesto que caes del cielo te llamaré Espiritu.

—Es para mí un gran honor.

- Te daré treinta céntimos por día... el día que los tenga.
- No corre prisa, mi señor.
- ¿Eres rico?
- Si lo sois vos...
- ¿Pero qué te hace interesarte por mí de esta manera?
- La simpatía y la adhesión, mi señor.
- ¡Bien!
- Estoy dispuesto.
- Perfectamente. Creo que haremos buena pareja. En marcha, adelante, Espíritu.

Amo y escudero se pusieron en marcha como dos caballeros andantes de otros tiempos, y habían recorrido unas cuantas leguas de camino cuando, a poca distancia de donde se hallaban y viniendo hacia ellos, aparecieron un oficial y un soldado.

### UN TROPIEZO AL LLEGAR A PARIS

Casanova y su criado querían ignorar que el oficial y el soldado se dirigían a ellos, pero en el fondo de su ser estaban seguros de que los pararían. No andaban equivocados en sus cálculos, y el oficial, sin gastar cumplidos, cortó el paso a Casanova y le soltó esas palabras:

- Habéis asesinado a un hombre, camino de París.
- Es falso—contestó Casanova, resuelto—. Le he matado en duelo.
- Hace tiempo que está abolido en Francia el batirse en duelo y hacerse la propia justicia. ¡En nombre del rey, quedáis detenido!
- ¡Esto es un atropello del que os arrepentiréis!—exclamó, indignado, Casanova.
- El soldado se acercó al detenido.
- Vuestra espada, caballero...
- Conducidlo inmediatamente al castillo, bien escoltado.
- Mi señor...—dijo Jasumin, dolorido.

—Espiritu...

—Dejadme abrazar a mi amo, por favor—dijo Jasumi al oficial.

—Un poco de corazón, oficial—suplicó Casanova.

La mirada del oficial se suavizó algo y amo y señor se unieron en estrecho abrazo.

—¡Mi amo!

—Toma esta sortija; me la dió hace tiempo una persona que hará todo lo posible para verme libre otra vez... Ve con ella al castillo de Carlin...

—Se acabaron los abrazos—dijo el soldado viendo el animado coloquio del señor y el criado.

Formaron una triste comitiva hacia el castillo-fortaleza, y Casanova traspuso el dintel sin volverse a mirar hacia atrás. Jasumi le había acompañado hasta allí y los soldados le empujaban hacia dentro.

—¡Eh! ¡Eh! ¿Vais a meterme a mí también? Yo soy un hombre libre...

Convencido Jasumi de que la única que podía hacer algo por Casanova era Genevieve, emprendió el camino de regreso a Carlin para darle cuenta de los acontecimientos.

El oficial que había detenido a Casanova daba cuenta del hecho a su superior, que no era otro que Francis de Henriquez de Mular.

—Era el hombre que buscabais, señor. Me ha negado que lo hubiera asesinado.

—Lo sé, lo he oído todo—dijo Henriquez—. Ese hombre es culpable de la muerte de un servidor de la Corte de Inglaterra. Os estoy reconocido por haber cumplido tan bien vuestro deber. Haré lo necesario para evitaros complicaciones con el señor de Varjeunes.

Mientras Casanova, encerrado en un calabozo, pasaba horas amargas, por no saber cómo saldría de allí, Jasumi devoraba leguas de camino para llegar al castillo de Carlin y contar a Genevieve el apuro en que se encontraba su amor.

La presencia del criado alarmó a la joven, que escuchó el relato de las aventuras y desventuras de Casanova.

Desde Carlin era imposible hacer nada. Su presencia era in-

dispensable en París. Allí conocía a personas influyentes a las que pediría se interesaran en liberar a Casanova.

No se entretuvo más que el tiempo indispensable, y poco rato después salía hacia París en un coche tirado por cuatro caballos. Una visita a su íntima amiga Clotilde de Manoir podría solucionar el conflicto.

Casanova seguía cantando en su celda. Las horas transcurrían lentas y monótonas. ¿Tendría que permanecer allí muchos días? ¿Nadie se acordaría de él? ¿Genevieve?

No había entrado en él el desespero, pero si la desazón, cuando una mañana se acercó el carcelero a la reja.

—Mi señor está libre—le dijo.

—¿Libre?

—Sí, si mi señor quiere acompañarme.

—Ya lo creo, amigo mío. No tengo nada importante que hacer en esta celda. Me he entretenido cantando a la libertad.

Siguieron por los sombríos pasillos del castillo hasta llegar a la verja, que se abrió chirriando sobre sus goznes y dejó el paso libre para que saliera el caballero Casanova.

Allí, en el mismo sitio donde le había dejado, estaba Jasumi.

—¡Mi amo!—exclamó el criado corriendo hacia él.

—¡Espíritu! ¡Espíritu! Eres un personaje de «Las mil y una noches». Apareces en el momento preciso, para recoger al infortunado caballero que has de reintegrar a la leyenda. ¿Pero, cómo te las has arreglado para libertarme? Cuéntamelo...

—Aquí no puede ser, mi señor. En primer lugar, porque sería muy largo, y, además, porque estos muros que parecen tan pesados tienen el oído demasiado fino para mi gusto. Por otra parte, no me pertenece a mí ponerlos al corriente. Para eso os aguarda...

—¿Qué me aguarda? ¿Quién?

—Lo primero que haréis, mi señor, es pasar a ver al barbero.

Obedeció Casanova, y cuando estuvo limpio y atildado se pusieron de nuevo en marcha.

—¿Pero, dónde me llevas?

—¡Chiss...!

Recorrieron varias calles y al fin penetraron en una casa. Llamaron y fueron admitidos por una sirvienta que les condujo al piso superior. Se abrió una puerta y apareció Genevieve.

—¿No es una sorpresa?—preguntó Espiritu.

—¿Genevieve!—exclamó Casanova olvidando por completo a su criado.

—Sí, Jean, soy yo. ¿Os he decepcionado?—preguntó la joven al ver que permanecía silencioso.

—Decid mejor que me sorprendéis.

—Entonces, entrad—dijo la joven dejando el paso libre.

—Os esperaré abajo, señor—dijo Espiritu.

Desapareció el criado y los dos enamorados penetraron en una salita.

—¿Habéis sufrido mucho en la cárcel?—preguntó ella.

—He cantado mucho. Eso ya es una especie de evasión.

Genevieve le miró conmovida.

—Pero, explicadme, ¿cómo estáis aquí?—preguntó Casanova, intrigado al encontrar a Genevieve en París y no dudando que gracias a ella había sido puesto en libertad.

—Es bien sencillo.

—¿Cómo pudo encontraros Espiritu? ¿Desde cuándo os conoce? Todo esto me parece tan embrollado como un acta notarial.

—Pues se explica muy fácilmente. Espiritu se llama, en realidad, Jasumi.

—¿Jasumi?

—Sí, es un criado mío en quien tengo plena confianza. Después de vuestra marcha de Carlin le confíe la misión de velar por vos sin darse a conocer.

—Genevieve, soy un malvado... vos sois un ángel.

—No, no, no soy ningún ángel.

—Ya lo creo—dijo Casanova besándole las puntitas de los dedos— Os estoy tan agradecido que no es posible que pueda olvidaros nunca. Esta miserable aventura me ha abierto al fin los ojos. Quiero dirigir mi vida hacia otros caminos más honrados, más amables.

—¿Es posible?

—Una noche, en Carlin os habló un hombre inconsciente. En este instante se retracta. ¿Queréis ayudarle a convertirse en un ser razonable? Decid una palabra y aceptaré con gratitud lo que ya me vinisteis a ofrecer una vez.

—Jean, Jean, no sé cómo interpretar lo que oigo. Ese deseo

es mi felicidad, vos lo sabéis. Os la ofrezco una vez más y otra y siempre. Os la ofreceré cada minuto de mi vida... mientras viva. Escuchad, yo me marchó mañana al amanecer a Carlin. Para mí constituiría una gran alegría que consintierais en acompañarme.

—Es mi deseo más sincero.

—Reflexionad, Jean; y si no es un sentimiento impulsivo el que os hizo hablarme como lo habéis hecho, os esperaré aquí mañana por la mañana.

—Volveré pronto, os lo prometo... Aprovecharé estas horas de separación que vos me imponéis para tratar de ver a mi hermano. Espiritu no supo encontrarlo.

—Aprovechadlas también para ir a visitar a mi amiga Clotilde de Manoir, a la que me dirigí cuando se trataba de salvaros. Aseguradle mi más ferviente gratitud. Vive en la calle de la Geranière.

—Iré. Hasta mañana, Genevieve.

—Vuestra sortija, Jean, me la entregó Jasumi.

—Es la segunda vez que me la dais, pero tengo la seguridad de que será el talismán de nuestra felicidad.

—Marchaos, por favor, Jean. Soy demasiado feliz; marchaos, Jean, marchaos...

—¡Hasta mañana, amor mío!

## LOS DOS HERMANOS

En la elegante mansión de François de Steingalt, hombre aristócrata que se dedicaba a la pintura, se encontraba posando, para un retrato, Clotilde de Manoir. Pintor y dama no hablaban, cada uno de ellos tenía en qué pensar y no era momento de cambiar palabras.

Un criado abrió la puerta.

—Señor, el caballero Jean de Casanova desea veros.

François no pudo evitar un movimiento de sorpresa.

—¿Quién? ¿Mi hermano?—preguntó extrañado.

—Sí, señor.

—¡Qué sorpresa! Querida amiga—dijo François dirigiéndose a Clotilde—, mi hermano se presenta sin decir nada después de diez años de no haberla visto. ¿Podéis dispensarme un momento?

—¿El caballero de Steingalt es vuestro hermano?—preguntó Clotilde, también sorprendida.

—Sí. ¿Acaso le conocéis?

—No, pero me han hablado de él.

—Espero que haya sido en buenos términos...

—En términos excepcionales. Me lo presentaréis, os lo ruego.

—Con mucho gusto. Dile que entre—añadió François dirigiéndose al criado.

François de Steingalt era mayor que su hermano y de aspecto muy distinguido. La noticia de la llegada de Casanova, menor que él, le había llenado de alegría. Él solo recordaba aquel jovencito que se había marchado a estudiar, quieto, serio...

—Espero que no os extrañe su comportamiento un poco austero. Cuando se marchó fué para estudiar Teología y eso no es como el arte de la pintura.

—En efecto—dijo Clotilde, sonriendo sin saber por qué—, es algo grave; bien, le recibiremos muy serios.

—Siento mucha emoción... ¿Habrá cambiado?—dijo François.

—Apostaría que sí—repuso Clotilde, a quien no eran desconocidas las andanzas de Casanova.

Jean penetró en el estudio con los brazos abiertos, entre los que estrechó a su hermano.

—¡François!

—¡Jean!

—Te encuentro lo mismo, eres magnífico.

—¡Magnífico! Es verdad, esperaba que apareciese un sabio, de aspecto triste, vestido de negro, y tengo ante mí un caballero elegante y alegre.

—La austeridad sufre transformaciones—interrumpió Clotilde, que había estado observando al recién llegado—. De haber aceptado la apuesta, hubiera ganado yo, ¿no creéis?

—Sin duda alguna. Mi hermano, la señora de Manoir.

—Encantado, señora. Realmente, hoy es un día en que la

suerte me favorece. Me proponía ir a vuestra casa para hacerlos presente la expresión de mi gratitud.

—¿Pero qué significa esto? —preguntó François, sorprendido—. ¿Podéis explicármelo?

—No hay nada que explicar—dijo Clotilde—. Estoy enterada que escribís, que sois músico, incluso me parece que cantáis.

—Canto en mis momentos de ocio—contestó Casanova.

—Entonces os espero esta noche. Recibo a algunos amigos que se alegrarán de conoceros.

—Señora, sois muy amable, pero me marcho mañana temprano y creo que será más juicioso...

—No digáis nada y venid. De esa forma saldareis vuestra cuenta conmigo. Vos vendréis, naturalmente—dijo Clotilde dirigiéndose al pintor.

—Muy agradecido, señora de Manoir.

Clotilde era irresistible, y Casanova en aquel momento le debía su libertad. François se disponía a acompañarla hasta el vestíbulo; ella le detuvo.

—No, no me acompañéis o me enfadaré; quedaos con vuestro hermano. La austeridad tiene mucha más fantasía de lo que yo me imaginaba. Adiós.

Desapareció Clotilde del estudio y los dos hermanos quedaron allí contando cada uno sus aventuras, después de tantos años de separación.

La casa de Clotilde de Manoir era un ascua de luz y en ella brillaban las bellezas más distinguidas de París. Las reuniones de aquella residencia eran famosas porque sólo se invitaba a gente de mucho prestigio. La dueña de la casa había anunciado una sorpresa para aquella noche. El invitado a que ella se refería tardaba en llegar, pero al fin los dos hermanos Steingalt aparecieron.

—He aquí mi sorpresa—dijo Clotilde, presentando a Casanova—. Su alteza la princesa de Conti, la condesa de Chartres, el señor de Manoir, mi marido; el señor Crebillón, de la Academia Francesa...

—Siento gran admiración por vos—dijo Casanova—; vuestras tragedias son obras maestras, particularmente «Rhadamiste y Zénobie».

El académico quedó encantado ante aquel saludo.

—Clotilde tenía razón—dijo Crebillón—, ese hombre tiene mucho talento.

—Apostaría a que vos escribís también—dijo la condesa de Chartress.

—Os lo confieso, señora, algunas obras de historia, otras de fantasía...

—¿Jamás poesía?

—Poemas, alguna vez. He traducido la «Iliada» al italiano.

Casanova había sido la sensación de la noche, y nadie se ocupaba de nada más que de su persona. Jóvenes y viejas, todas las mujeres mariposeaban a su alrededor intentando llamar su atención para poder cambiar con él algunas palabras.

La princesa se dirigió a Casanova.

—Clotilde nos ha dicho que tenéis una voz admitable. Cantadnos una romanza.

—Sí, sí, una canción de amor...—dijeron varias a la vez.

—Con mucho gusto—contestó el caballero, satisfecho de su éxito—, Digán al quinteto que haga el favor de tocar «El pájaro fiel».

La simpática y armoniosa voz de Casanova acabó de completar el hechizo y todas la escuchaban sin apenas atreverse a respirar.

Terminó la canción y le aplaudieron con entusiasmo.

—Muy bien—dijo la princesa.

En el salón de juego el ambiente era distinto. Los hombres encontraban estúpida la actitud de las mujeres ante Casanova.

—Dicen que es un mago—dijo un joven con ironía.

—Se dicen tantas cosas, y las mujeres lo aprueban—observó un caballero que podía hablar a pesar de estar jugando.

—El treinta y dos. Hagan juego, hagan juego, caballeros.

Casanova se había acercado a la mesa de juego y hecho una apuesta. Había ganado; otra apuesta, para ganar de nuevo, y así un buen rato hasta llegar a una gran suma.

—Qué suerte tenéis—dijo un señor.

—Jugáis tan bien como cantáis—observó una joven.

—Sois muy amable, señorita.

Mientras en la sala de juego las partidas seguían animadas y se bailaba en los salones, Clotilde se había cruzado con Henriquez

y éste la había obligado a entrar en un saloncito para pedirle explicaciones.

La racha de suerte seguía a Casanova, pero al levantar la última apuesta recogió sus ganancias y se dispuso a marchar.

—¿Os vais?—preguntó el banquero.

—Sí, dispensad, pero he prometido ser razonable esta noche.

En aquel momento, la intención de Casanova era retirarse de la fiesta para marchar al día siguiente a primera hora y acompañar a Genevieve. Cruzó unos salones y le pareció oír la voz de Clotilde en tono angustioso. No pudo reprimir el vil deseo de escuchar.

—Es la última vez—decía Clotilde—, sed generoso.

—Haced lo que acabo de pedirlos y accederé—contestaba Henriquez.

—Lo que vos me pedís es una traición.

—Es más bien un simple servicio, que compensa el que vais a recibir de mí.

—Sois un malvado sin escrúpulos—dijo Clotilde ya furiosa.

—Un malvado que os ofrece la única tabla de salvación. Estos tres recibos que tengo en mi poder amenazan gravemente vuestro honor, señora de Mandir. Me pongo a vuestra disposición para devolvéroslos. ¿Qué más podéis pedir?

—Pago caro un momento de debilidad—sollozó Clotilde.

—¿No quisisteis jugar?

—Vos me impulsasteis a ello. Además, cuando fui a casa de vuestros amigos, al invitarme a jugar, se trataba sólo de una partida amistosa de poca importancia. Dos horas más tarde, ya debía treinta mil libras, bajo palabra, a mis compañeros.

—Y, ¿soy yo el responsable? La mala suerte tiene días de triunfo. ¿Negaréis que por no veros obligada a confesar esa enorme deuda a vuestro marido, acudí inmediatamente a prestaros tan importante suma?

—Os habéis aprovechado de mi confesión odiosamente.

—Tenéis afición a los adverbios trágicos... Lo único que hice fué tomar medidas de garantía.

—Os suplico que me concedáis unos días para pagaros.

—Os concedo doce horas. Después me veré en la penosa obli-



— Piensa en mí alguna vez, Casanova.



— Os esperaré mañana por la mañana.



—¿De donde llegas,  
buen hombre?



—Lo que vos me pedís  
es una traición.



—Vuestros salones ofrecen un brillante aspecto, Clotilde.



—Haré de vos el hombre más famoso de París.



—Hagan juego, caballe-  
ros, hagan juego.



Francis de Henríquez, el  
intrigante.



—Esta mañana al regresar de misa... un desaprensivo trató de robarme las joyas.



Clotilde de Manoir.



Ca-anava encuentra la  
carrera de Van Hopper.

el estudio de Van Hopper

1935



Consuelo, la sobrina  
de Henriquez.



— Ha llegado vuestra hora.



El banquero Van Hoppe.



— Caballero Casanova,  
es a vos a quien buscamos.



El caballero Jean de  
Casanova.

gación de denunciarlo a la justicia... esto provocará un escándalo que será el primero en lamentar.

—Entonces, exíglas de mí lo imposible.

—Pero si yo no os pido nada imposible. Por medio de vuestras relaciones no os será imposible, estoy seguro, que me facilitaréis los informes preciosos respecto a proyectos militares, secretos de la corona y de las fortificaciones de las costas de Francia.

Clotilde lloraba amargamente. Se encontraba prisionera de las intrigas de Henriquez. Mientras tanto, Casanova se enteraba de la tragedia que envolvía a la dama que había logrado que le pusieran en libertad.

—Os lo repito—insistía Henriquez—, comunicadme esos informes y entraréis en posesión de estos tres recibos.

El infame le mostraba los recibos que en aquel momento representaban la felicidad de Clotilde.

—¡Nunca!—exclamó la dama, resuelta.

—Como os parezca, pero, por vos, deseo que esta no sea vuestra última palabra. Tendré el honor de volver a veros mañana por la tarde.

Salió Henriquez de la estancia y Clotilde, sumida en llanto, permaneció en la salita. Casanova entró en forma que ella se dio cuenta de su presencia.

—¡Caballero!

—Señora, la casualidad me hace confidente de vuestras lágrimas. Pedid y lo olvidare todo, y si tenéis precisión de una espada para defenderos, para vengaros, estoy a vuestra disposición.

—Señor, sois muy generoso; por desgracia, nadie puede hacer nada por mí. Estoy perdida.

—Nunca se está perdido por completo—dijo Casanova, animado ante una nueva aventura.

—¿Sí?—interrogó Clotilde, animada con la valentía de Casanova—. No es posible. El hombre que salió de aquí me tiene bien cogida y no me dejará por nada.

—Creo que lo conozco.

—También él os conoce a vos. Me ha reprochado que os hubiera invitado esta noche.

—Lo supongo. Se llama Francis de Henriquez. ¿No es cierto?

—En París no utiliza este nombre, pero tiene tantos...

—Tened confianza en mí, señora, soy vuestro mejor amigo y os salvaré.

—Pero, ¿qué vais a hacer?

—Devolveros los tres papeles que imprudentemente firmasteis a ese gentilhomme de carnaval. ¿A cuánto asciende cada uno?

—A diez mil libras—contestó Clotilde bajando los ojos.

—Es una cifra interesante. Tendréis los recibos mañana a mediodía.

Los ojos de Clotilde brillaron de satisfacción.

—Si lo conseguís, yo a cambio haré de vos el hombre más famoso de París. ¿Pero qué podéis intentar contra un gentilhomme tan poderosamente protegido por la embajada inglesa?

—Señora, existe un momento en que ni el rey mismo es más poderoso que el más humilde desgraciado de su reino. Es el momento en que un hombre decidido pone la punta de un puñal en la garganta... ¡Hasta mañana!

Sin dar tiempo a que Clotilde protestara, Casanova salió del palacio y se reunió con Jasumi, que le esperaba en la puerta.

—¿Señor?

—¡Ah, Espíritu! ¿Ves a ese hombre que desciende?

—Sí, señor.

—Tenemos que seguirle y vigilarle.

—Pero la señorita Genevieve os espera, ya es la hora.

—Oye, coge el coche de mi hermano, sigue a ese hombre hasta su casa y en seguida vas a buscarme a la posada. Allí estaré yo.

—¿No nos vamos?

—¡No!

## EL DESENGAÑO DE GENEVIEVE

La hora avanzaba y el caballero Casanova no aparecía como había prometido. En la cabeza de Genevieve ardían mil ideas distintas y por encima de todas ellas el presentimiento de que su

galán no le sería fiel. Se abrió la puerta y apareció Jean con la mirada distraída.

—¿Sois vos, Jean? —interrogó con extraordinaria alegría la joven.

—Sí, Genevieve.

—Entrad. ¿Qué os ha pasado?

Unos minutos de silencio penoso.

—Escuchad, Genevieve.

—Habéis cambiado de opinión —dijo ella viendo en las vacilaciones de Jean la comprobación de sus temores—. ¿Es eso verdad?

—Sí, Genevieve. Ahora no me es posible marcharme.

—¿Ahora?

—Clotilde de Manoir está en peligro; es preciso salvarla; lo considero mi deber.

Genevieve palideció. No esperaba aquella noticia. Reaccionó rápidamente, y mirando a Casanova dijo:

—Lo comprendo... Clotilde es hermosa, también le gusta la intriga; como a vos le atrae la aventura, también ella es ambiciosa. Puede proporcionaros muchos éxitos.

—Genevieve, dejadme tiempo para triunfar en París... Unos meses me bastarán, estoy seguro. Esta noche he ganado una fortuna jugando en casa de vuestra amiga. ¡Es un feliz presagio! Luego iré a buscaros a Carlin para ofreceros la vida que os merecéis.

La llama de la ilusión se había extinguido y Genevieve veía ante sí al aventurero y nada más.

—No, Jean. Mi ambición es mucho más humilde, vos lo sabéis. Más humilde o más orgullosa... si me quisierais de veras...

—Pero, Genevieve...

—No, no mintáis, por caridad.

—Os aseguro...

—No, ayer mismo, después de haberme dicho palabras que no olvidaré jamás, os faltó tiempo para iros... para dejarme.

—Me limité a hacer lo que me dijisteis.

—Si me hubierais querido de veras, no me hubierais obedecido.

—No me abruméis —exclamó Casanova— que se me achacan toda clase de agravios.

—Es una de vuestras mejores cualidades saber engañar. Es posible que os quiera porque me engañáis sin darme cuenta.

—Pero si yo no os engaño.

—No habléis de esta manera, caballero Casanova—dijo Genevieve impacientándose—. Sería capaz de volver a creeros. Fijaos, estoy dispuesta a tener confianza en vos hasta el final: suceda lo que suceda, no me importa.

—Genevieve—dijo Casanova, intentando abrazarla.

—No, dejadme, es preciso que marche ya. Adiós, Jean, os quiero demasiado para ser el pasatiempo de un día. Os esperaré toda mi vida, mientras tenga tiempo para seguir viviendo.

—¡Genevieve!

Un coche tirado por cuatro caballos levantaba el polvo del camino que conducía a Carlin y dentro de la carroza iba Genevieve con el corazón destrozado porque no podía arrancar de él a Casanova.

### LA SOBRINA DE HENRIQUEZ

Dicen que por malo que sea un hombre tiene un algo de bueno. En el caso del intrigante y perverso Henriquez, lo único bueno que tenía era su bella sobrina Consuelo.

Estaba Henriquez en su despacho pensando que el plazo que había concedido a Clotilde pronto expiraría, cuando una mano ligera golpeó la puerta para pedir acceso a la habitación.

—Entrad—contestó bruscamente.

—¿No os interrumpo, tío?—dijo una muchacha encantadora asomando la cabecita.

—No, pequeña, entra.

No se hizo rogar más la joven y tomó asiento en la butaca destinada a los clientes, amigos o confidentes de Henriquez.

—Tío, quiero que sepas lo que nos ha sucedido...

—¿Qué?—preguntó el tío, algo curioso.

—Concepción y yo fuimos atacadas, al salir de la iglesia, por un desaprensivo que intentó robarme las joyas.

—¿Es posible?

—Sin la intervención de un noble caballero, nos hubiera ocurrido una grave desgracia—explicó la jovencita, realmente asustada.

—Pero, ¿no ha ocurrido nada, espero?

—No, tío, gracias a la valentía de ese caballero.

—¿Han detenido al ladrón?

—No, pero el amable caballero nos acompañó hasta aquí...

—De hoy en adelante os acompañará a misa un criado.

—...y le he retenido pensando que os gustaría darle las gracias personalmente.

—¿A quién?—preguntó Henríquez, que, a pesar de estar hablando con su sobrina, tenía la imaginación en otra parte.

—A ese gentilhombre, tío.

—¿No le has dado ya tú las gracias?

—Sí, pero me imaginé que su rasgo valeroso merecía algo más.

No tenía ningún deseo de perder tiempo en visitas de cumplido el señor Henríquez, y rehuía el encuentro, como si presintiera algo desagradable.

—Pero, ¿qué quieres que le diga?

—Tío, dadle las gracias simplemente; será hacerle justicia. Pensad que sin su ayuda tal vez no me habrías vuelto a ver... viva—dijo Consuelo, al borde del llanto.

—Bien, dile que entre—murmuró resignado Henríquez.

Salió Consuelo de la habitación y regresó al instante precediendo a Casanova.

—Aquí está, tío. Os presento al caballero Joan de Casanova de Steingalt.

No pudo Henríquez reprimir un gesto de contrariedad, pero como desconocía la entrevista del caballero con Clotilde, juzgó la temeridad como un acto de atrevida audacia.

—Encantado, caballero—dijo estrechando su mano—, parece que vuestro valor ha salvado a mi sobrina de un grave riesgo.

—Tanto como grave, señor...

—Sois demasiado modesto—dijo Consuelo—. Corrí un gran peligro.

—A los dieciocho años todo es grandioso—dijo Casanova.

—Eso creo yo—interpuso el tío.

—Ya no soy una criatura—expuso Consuelo.

—No, no eres una criatura; eres una jovencita, y a las jovencitas os gusta agradar.

—¿Qué?—preguntó Consuelo.

—Que debes ir a ver a Concepción y que te arregle un poco el desorden de tu peinado.

—Allá voy, tío, en seguida volveré; hasta ahora, caballero Casanova—dijo Consuelo mirando al galán entusiasmada.

—Arreglate bien, no te precipites. ¿Es encantadora, no os parece?

—Sí, realmente—contestó Casanova, a quien la amabilidad de Henríquez tenía algo inquieto.

—La quiero como a mi propia hija y la defenderé contra todo y contra todos y por todos los medios, razón por la cual me satisface vuestra feliz intervención.

—Era natural; cualquiera en mi lugar hubiese hecho lo mismo.

—Soy contrario a esa opinión. Lo natural se explica fácilmente: en estas circunstancias fué preciso que salierais temprano, cosa poco corriente en París; que pasarais frente a la iglesia de Saint Eustache en el momento preciso; que oyeseis los gritos, y que llegarais a tiempo. ¿No estimáis, por el contrario, que no sólo no es natural, sino sobrenatural?

—¡Providencial!—contestó Casanova.

—Eso es, providencial. Acaparáis la Providencia para vos; es asombroso.

—Un hombre decidido encuentra con frecuencia su ayuda.

—Y vos es indudable que lo sois. ¿Puedo permitirme ofreceros un vaso de Málaga?

Aceptó Casanova con una inclinación de cabeza, y Henríquez salió de su despacho. La ocasión no podía ser mejor, y el caballero Casanova empezó a revolver cajones y carpetas en busca de los recibos de Clotilde. A los pocos minutos regresó Henríquez y se dió perfecta cuenta de lo que estaba haciendo el salvador de su sobrina.

—Vuestra Providencia os abandonó. Hablando con franqueza, después de la comedia que estabais representando, no se me ocu-

rió pensar que fueseis tan estúpido como para caer en la trampa que os he preparado. Reconoced, de todas formas, que habéis caído y decidme la razón verdadera por la cual osasteis introducir en mi casa, caballero Jean de Casanova de Steingalt.

—Me interesaba veros de cerca y en vuestra propia casa.

—Acabo de daros una oportunidad que no habéis aprovechado.

—No me agradan ciertas oportunidades.

—Seamos breves, ¿qué queréis de mí?

—Necesito haceros una petición.

—Estáis en un precipicio fatal, caballero. La ambición tiene sus límites y sabemos dónde os conducirá: a la muerte.

—Entonces, mostradme el camino—y al decir esto, Casanova puso su puñal a la garganta de su enemigo—; gritad y os mataré.

—¡Estáis loco!—exclamó Henriquez con dificultad.

—Tened prudencia, vuestra vida está a flor de piel.

—No os atreveréis a matarme...

—Estáis en un error. Alguna vez soy embustero, jamás jactancioso.

—Decidme, ¿qué queréis?

—He venido a recoger los tres recibos de diez mil libras que habéis estafado a Clotilde de Manoir.

Esta noticia petrificó a Henriquez.

—¿Es ella quien os envía?

—Fue vuestra sobrina quien me guió hasta vos.

—Me las pagaréis.

El puñal de Casanova permanecía a pocos milímetros de la garganta del traidor.

—¿Creéis que os daré tiempo?

—Esos papeles están convenientemente guardados. Libertadme y os doy mi palabra de devolvéroslos.

—Tenéis una opinión equivocada de mí, caballero, y me disgusta. ¿Cómo os podéis imaginar que voy a perder tan lamentablemente esta ventaja apreciable? Dadme esos papeles u os arrepentiréis.

Se oyeron pasos en el pasillo exterior.

—Tío, abrid, soy yo.

—Aguarda un momento...

—Es encantadora, y vos la queréis, pensad en ello.

—No llevo esos papeles encima, ya os lo he dicho.

—No os excitéis. Por el contrario, creo que sois hombre que los lleva consigo día y noche. En consecuencia, tenéis tres segundos para devolvérmelos... pasados esos tres segundos, podré registrarlo todo a mi gusto. ¿Está claro? Escuchad: uno... dos...

Antes de que Casanova pronunciara la palabra «tres», Henriquez sacó los recibos de uno de sus bolsillos e iba a entregarlos a su gran enemigo.

Casanova no soltaba todavía su presa.

—Asimiláis deprisa—dijo—. Seréis tan amable de desdoblarlos... para las buenas reglas.

Obedeció Henriquez, y Casanova pudo ver que eran realmente los recibos firmados por Clotilde de Manoir. Los cogió y guardó en una de sus faltriqueras.

—Me las pagaréis—dijo Henriquez.

—Ahora ya no lo creo.

—Acabáis de firmar vuestra sentencia de muerte.

—¡Amenazas! Qué vulgaridad. Estamos entre gente del mejor mundo.

—¡Salid de aquí!

—Con sumo gusto! Me debéis todavía un vaso de Málaga.

—¡Marchaos!

—Ya os he oído; presentaré vuestros respetos a la señora de Manoir.

Henriquez abrió la puerta y apareció Consuelo.

—Caballero Casanova, ¿ya os marcháis? Os acompañaré hasta el vestíbulo.

—No quería abusar quedándome más tiempo.

—Y mi tío, ¿os ha recibido con amabilidad?

—¡Ha estado admirable!

—Me ha molestado que me alejara de la estancia para quedarse solo con vos. Además, incluso cerró la puerta con llave, esto fué poco amable.

—Él os quiere mucho.

—Os habrá dicho que soy una criatura.

—Poco más o menos.

—Pero ya no soy ninguna niña. Voy a cumplir dieciocho años. En mi país tengo amigas que se han casado a los dieciséis.

—No es nada extraordinario.

—Bien, si yo lo hubiera hecho me considerarían como a una dama.

—Sí, sólo que vos sois aún más que una adorable doncella que aguarda a un noble caballero; así es que sed razonable y dejadme marchar. Adiós, Consuelo.

¡Dicho esto, el caballero Casanova hizo una profunda reverencia a la niña y desapareció de su vista.

### EL ENCARGO CUMPLIDO

Clotilde de Manoir paseaba nerviosamente por su «boudoir» esperando noticias que no llegaban. ¿Había hecho mal en confiar con Casanova? ¿Se habría burlado de ella? Tal vez ya estaba camino de Carlin con Genevieve. Este y otros mil pensamientos acudían a su febril imaginación.

—Señora, el caballero Casanova de Steingalt desea hablaros.

No contestó al instante Clotilde, porque le parecía que la voz respondía a las quimeras de su pensamiento, pero al convencerse de que era su doncella la que realmente hablaba, dijo:

—Que me espere en el salón. ¡Que angustia, Dios mío!—murmuró en voz baja.

Casanova se adelantó a recibirla.

—¿Me he retrasado? Os había dicho al mediodía.

—¿Le habéis visto?—preguntó Clotilde, en cuyo semblante se leía el estrago de la lucha y la espera.

—¿No os lo había prometido? Me ha dado esto para vos.

Con manos temblorosas, cogió Clotilde aquellos papeles que habían sido su tortura durante horas.

—¡Me habéis salvado!—exclamó ella emocionada.

—Vos me devolvisteis la libertad. Esto bien vale aquello.

—¿Cómo lo conseguisteis? ¿Le habéis amenazado?

—¡Discretamente! ¡Así!—y Casanova dió a entender los argumentos que había empleado para convencer a Henríquez que le devolviera los recibos.

—¡Sois magnífico!—exclamó Clotilde sonriendo, feliz de poseer aquellos recibos.

—¿Os han dicho alguna vez que tenéis la sonrisa más encantadora del mundo?

—Sí—contestó Clotilde.

—¡Qué pena!

—¿Por qué?

—Quisiera haber sido el primero en descubrirlo.

—Estoy casada.

—Iba a olvidarlo.

—No, no me hagáis la corte. Me divierte ser una esposa fiel. Es mi original atractivo. Seriais capaz de triunfar y sólo os conduciría a una aventura banal. La amistad encierra más méritos.

—Tenéis razón, seamos amigos.

—Gracias, caballero Casanova, así me sentiré con mayor libertad para ayudaros. ¿Pensáis todavía en dejar París?

—¡No!

—¡Magnífico!

—Pero, ¿y Genevieve?

—Se ha marchado esta mañana a Carlin.

—¿Triste y desconsolada?

—Quizá, pero confío en reunirme con ella cuando haga fortuna.

—¿Tenéis para ello determinados proyectos?

—No, pero soy de la opinión que cuando un hombre quiere convertirse en gran visir, o embajador, o derribar una monarquía, cualquier cosa que desee, basta solamente con poseer el espíritu y la perseverancia necesarios.

—Os obtendré una entrevista con el importante señor de Vernis. ¿Le conocéis?

—¿No estaba de embajador de Francia en la Corte de Austria?

—Sí.

—Entonces tuve ocasión de saludarle una o dos veces en Viena.

—Pues bien, sed tan hábil a su servicio como lo habéis sido

en el mío, y si tenéis algunas nociones de finanzas, os haréis lo suficiente rico para comprar París.

—Tengo ansias de grandeza, pero, a pesar de ello, si me tenéis confianza, señora de Mandir, triunfaré.

—Vais a entrevistaros con personajes importantes: ¿Tenéis, al menos, alguna idea que someterles?

—Ni sombra, pero me bastará con encontrar un imbécil que tenga una

### CASANOVA, METIDO EN NEGOCIOS

La idea que buscaba Casanova, propia o ajena, fué encontrada, y de las entrevistas con personajes de importancia en la política y en las finanzas surgió la implantación de la «Lotería Nacional», de la que Casanova poseía un despacho de billetes. Las ganancias no eran pocas, y el caballero y su criado se habían instalado en uno de los mejores barrios de París. Jasumi vigilaba celosamente el servicio que se prestaba a su amo, y antes de que él apareciera ya se había cuidado su escudero de que todo anduviera en orden.

—Todos aquí—gritaba Jasumi al servicio.

Los servidores de Casanova se presentaban sumisos a revista, y él, erigido en mayordomo y hombre de confianza del caballero Casanova, les interrogaba.

—¿Se ha traído el vino español?

—Sí, señor—contestaba un criado.

—¿Y las frutas exóticas?

—También, señor—respondía otro.

—¿Y el traje nuevo de mi amo?

—Acabo de traerlo, señor—informaba el ayuda de cámara.

—Bien, bien—decía Jasumi—, pero hemos observado un cierto abandono en el servicio de la mesa y estamos muy discontentos. Espero que no se volverá a repetir. Gracias... pueden retirarse.

Casanova penetró en la habitación.

—Buenas tardes, señor—dijo Jasumi haciendo una reverencia a su amo—, estoy por decirles que seréis tan poderoso y rico como el propio rey.

—¿Nada más?—preguntó Casanova, divertido.

—Os lo aseguro, señor. El despacho de billetes de la lotería en la calle Saint Denis llegarán a tomarlo por asalto. Los compradores se amontonan. Tenemos diez veces más venta que cualquier otra expendeduría. Ahora mismo, la gente corre tras de mí por la calle, como si fuese un apóstol.

—La causa es fácil de adivinar.

—Naturalmente, es vuestro servicio, vuestro anuncio: «La lotería nacional paga a los ocho días después del sorteo. Aquí se os pagará al día siguiente. Decidlo a vuestros amigos.»

—Y se lo dicen.

—Pero, ¿podréis pagarlos, señor?

—¿No me has profetizado que seré rico?

—A condición de no despilfarrar lo que tenéis.

—Pediré prestado.

—Eso ya lo hemos hecho.

—Pues continuaré—contestó Casanova deseando cortar aquella conversación.

## CORALINE

Los velados reproches de Jasumi tenían su fundamento. Desde la racha de buena fortuna de Casanova, éste tenía en su casa a Coraline, una muchacha muy joven y muy bonita, bailarina de la Ópera.

Jasumi todavía tenía unas cuantas cosas que decir a su amo y permanecía en la habitación mascullando palabras que no llegaban a oídos de Casanova.

—Mientras me ocupe de la lotería, mis deudas no tendrán importancia—dijo Casanova para tranquilizar a su fiel Espíritu.

—Perdonad, señor, pero tenéis a vuestro lado una máquina de hacer deudas que me parece que funciona peligrosamente.

—¿Es una alusión, señor Espiritu?

—Una duda, caballero Casanova.

—Pero di, ¿qué tienes que reprochar a Coraline? Es un pajarillo.

—De la familia de las urracas, señor, aunque éstas tienen una ventaja sobre ella, y es que las urracas no distinguen un vidrio de un diamante.

Las palabras del criado hicieron mella en el señor, pero éste no dió su brazo a torcer.

—Espiritu, los hombres se han hecho para arruinarse, las mujeres para arruinarlos y los criados para callarse.

—En tal caso, vos sois un hombre, la señorita Coraline una mujer y yo... yo no soy un criado. Buenos días, señorita.

—Buenos días, Espiritu—dijo Coraline, bonita y fresca como una rosa.

—¿Estás preparada, Coraline?—preguntó Casanova.

—Sí, ¿cómo me encuentras?

—Muy bonita.

—Apenas has estado conmigo, esta mañana.

—Tuve que trabajar.

—¿Te aburro?—preguntó, mimosa, la coqueta.

—Por nada del mundo.

El tono de voz de Casanova no era el de un hombre enamorado.

—¿Ya no me quieres, verdad?

—Ya lo creo—contestó distraídamente, mientras seguía ordenando los papeles en su mesa de trabajo.

—Yo a ti sí, en cambio.

—Dilo otra vez...

—¿No crees en mis palabras?

—¡No!

—¿Por qué?

—Te considero incapaz de querer a nadie. Te halaga mi situación, mi lujo, la vida que te ofrezco: con eso te basta.

Coraline aguantó aquel chaparrón, que no esperaba, con va-

lentía, pero furiosa contra aquel hombre que había descubierto su verdadera manera de ser.

—¡Te aborrezco!—exclamó al fin sin poderse contener.

—No me dices nada nuevo, Coraline.

No le convenía a la bailarina de la Ópera perder la situación en que se hallaba y optó por humillarse.

—Jean, sé un poco amable, quisiera pedirte una cosa.

—¿Muy cara?

Las palabras de Jasumi no habían caído en saco roto.

—No creas que vivo sólo con la preocupación del dinero.

—El dinero se hizo para complacerte.

—¿Me desprecias hasta ese extremo?

—¿Yo? Si te quiero mucho. Toma—y Casanova estampó un beso en la mejilla de Coraline.

Ella quedó sorprendida y molesta, pero no quería romper con el hombre que deseaba medio París femenino.

—Esta forma de amor es una forma de desprecio. Dices que me quieres, pero cuando precisas compañía la buscas en otros sitios... En casa de los señores de Crespin, o en la de Chesnay.

—Basta de nombrar a nadie. ¿Qué estás hablando? Cálmate. ¿Qué deseas que te regale? ¿Un collar?

—No... eso se regala a un perro.

—¿Unos pendientes? ¿Una pulsera?

—No, dedícame esta tarde.

Casanova quedó mirándola un momento.

—Lo haría con mucho gusto, Coraline, pero no dispongo de tiempo. Es preciso que vaya en seguida a mi despacho de la calle de Saint Denis.

—Entonces, llévame contigo.

—No. Conténtate con ser bonita y tener unos pies que vuelan cuando danzas en la Ópera, pero no te mezcles en mis negocios. ¿entiendes?

—¿No quieres llevarme contigo?

—He dicho que no.

—Para ti no represento más que una figurita, ¿no es cierto?

—¡Nada más!

—Entonces, ¿por qué me tienes aquí?

—Porque te empeñas en quedarte.

El desprecio era demasiado incluso para una mujer de la clase de Coraline, y, ofendida en lo más profundo de su ser, murmuró entre dientes:

—Me las pagarás.

## DOS TRAIADORES

No había olvidado Henríquez la visita de Casanova y su rendición y entrega de los recibos de Clotilde, pero él ya había tendido sus redes para vengarse del audaz caballero.

Un criado anunció la visita de una dama a Henríquez.

—Hacedla pasar inmediatamente.

Henríquez se paseaba nerviosamente por su despacho esperando una visita que hacía tiempo deseaba ver en aquel lugar. El criado abrió la puerta y apareció Coraline tan encantadora como siempre.

—Os esperaba—dijo Henríquez, al tiempo que la saludaba—. Estaba seguro de que vendrías esta mañana.

—El tiene la culpa de que yo esté aquí.

—No tengo la menor duda—dijo el traidor.

—Me trata de mal en peor, como a una mujerzuela—expuso Coraline, lamentándose.

—Le emborracha el éxito.

—Daría cualquier cosa para verle humillado a mis pies.

—Seguid mis consejos y lo conseguiréis.

—Estoy decidida.

—Enhorabuena; al fin sois razonable. Lo esencial, no lo olvidéis, es arruinarle con inteligencia.

—Sí, pero la lotería le reporta muchos beneficios.

—Por ahora, sí.

—Es una renta considerable.

—Que puede cesar con la misma facilidad que empezó, como

la suerte que la inspira. Creedme, lo importante es que derroche completamente su fortuna.

—Por lo que a eso respecta, gasta el doble o el triple de lo que produce.

—Me habéis dado un bálsamo para el corazón. Procurad que sea el cuádruple, y del resto me ocuparé yo.

—¿Le odiáis mucho, verdad?

—Un poco más de lo que creéis. Seréis vengada, os lo prometo.

Cerrado así el pacto entre dos villanos, Henríquez se despidió de su bella visitante y se dispuso a trabajar para ver cómo podría labrar la perdición y la ruina de Casanova, su mortal enemigo, el que le había humillado haciéndole entregar los recibos de Clotilde.

Era bastante temprano para que una dama de la categoría de Clotilde hubiese ordenado que arreglaran el coche y saliera a hacer visitas, pero ésta era la realidad. Dió orden al cochero que la condujera a casa del caballero Casanova, y poco rato después llamaba a la residencia del galán y era recibida por Jasumi. La sorpresa de éste no fue pequeña, pero, habituado al trato de damas y caballeros, se abstuvo de hacer comentario alguno y anunció la visita.

—Señor, la señora de Manoir desea hablaros con urgencia.

—¿Tan temprano?—exclamó Casanova.

—Sí, señor.

—¿Ha salido Coraline?

—Hace un cuarto de hora.

—Bien, entonces que entre aquí la señora de Manoir y vigila para que no se nos moleste.

—Bien, señor.

Clotilde entró en la sala donde se encontraba el dueño de la casa.

—Buenos días, Clotilde.

—Buenos días.

—¿Aun estáis apurada?

—Sí, pero creo que esta vez el apuro sea para vos.

—¿Para mí?

—Sí, la lotería está suprimida.

—¿Qué decís?

—Anoche me enteré de esta noticia.

—Es imposible.

—Ciertas influencias debieron pesar en el espíritu del rey, y el señor de Boulogne recibió la orden, como medida de moralidad, de que a partir de hoy corrasen los despachos de lotería.

—Pero los veinte millones que han de pagar, ¿de dónde van a sacarlos?

—Esos veinte millones, al parecer, los devuelven con el importe de un empréstito.

—¿Un empréstito?

—Sí, el señor de Boulogne ha recibido también la orden de que se reembolse a los compradores inmediatamente. Bien entendido, que no habrá lugar a que os reclamen la comisión del seis por ciento que habíais acordado sobre las sumas recibidas. Pero, ¿y el resto? ¿Lo tenéis todavía?

—No. Tan sólo me resta un tercio, esto sin contar mis deudas.

—Jean, ¡qué imprudencia! Si no hacéis el reembolso, os espera la Bastilla.

—La Bastilla o la huida. Todavía tengo el privilegio de elegir.

—La huida no es una solución razonable, porque no es París solamente lo que debéis dejar, sino el reino de Francia. Jean, vos me dijisteis un día: «Soy vuestro amigo y quiero salvaros.» Hoy yo os digo lo mismo: Soy vuestra amiga y os salvaré...

—Clotilde, me devolvéis el valor.

—He pensado en una misión para vos.

—Peligrosa, ¿supongo? Os escucho.

—Más difícil que peligrosa.

—¡Ah!

—Ayer supe que el señor de Boulogne proyectaba lanzar un importante empréstito en Holanda. Sólo uno de los poderosos banqueros de Amsterdam se opone a este empréstito. Sin su conformidad el empréstito no puede conseguirse.

—Lo comprendo. Se trata de inclinarle.

—Es una ocasión que se os ofrece. ¿Queréis correr el riesgo?

—Saldré esta noche hacia Holanda.

—No es preciso; el señor Van Hoppe está en Francia. Atra-

vesó la frontera hace tres días y se ha instalado en las afueras de Dunquerque, en la posada de «Los Tres Escudos».

—Allí estaré mañana.

—Al señor Van Hoppe le acompaña una sobrina encantadora.

—Mi misión se convierte en una aventura más—dijo Casanova recobrando su habitual desenfado.

—Buena suerte y volved pronto. ¡Triunfad! Si no, no volváis a París y que Dios os proteja.

—Nunca he visto al señor Van Hoppe, pero espero encontrarle en la posada.

### EL HOLANDES Y SU SOBRINA

Mientras se dirigían a la posada de «Los Tres Escudos», Casanova intentaba explicar a Espírita, a su manera, el objeto del precipitado viaje.

—Ya os comprendo, señor, la sobrina es bonita.

Llegaron a la puerta de la posada y salió el amo a recibir a los recién llegados.

—Buenas noches, señor; supongo que el señor desea pasar la noche en la posada de «Los Tres Escudos».

—Lo adivináis todo—dijo Casanova.

—Es mi profesión, señor. Precisamente tengo una habitación preciosa y un desván para vuestro criado.

—Es mi secretario—dijo Casanova para rehabilitar al pobre Jasumi.

—Perdón, para vuestro secretario; he dicho desván, pero, en realidad, se trata de otra habitación pequeña, con ventanas y un colchón espléndido de plumas.

Acompañados del posadero subieron a las habitaciones, y mientras pasaban de una dependencia a otra, Casanova dijo:

—Posadero...

—Ésta es su habitación, señor. Es de suponer que la encon-

tracéis de vuestro gusto. ¿Hemos de servirlos la cena aquí o en el comedor?

—En el comedor. Y, a propósito, el hombre que estaba cenando allí... ¿no será el señor Van Hoppe?

—El mismo, señor.

—Preparadme la cena en una mesa cercana a la suya.

—El señor quedará servido y espero que satisfecho en todo.

Desapareció el posadero y Casanova, acompañado de Jesumí, se arregló para bajar al comedor.

El banquero Van Hoppe estaba cenando, pero no cesaba de hablar con su sobrina harto malhumorado. Mientras tanto, Casanova se había acomodado en una mesa a muy poca distancia de donde se hallaba el hombre de finanzas. Al ver pasar al posadero, que iba de mesa en mesa ocupándose del bienestar de sus huéspedes, le llamó:

—Posadero, ¿habéis encontrado mi cartera?—preguntó Van Hoppe.

—Mis criados la estuvieron buscando, y nada, tiempo perdido.

—Pues estoy francamente disgustado.

—¿Estáis seguro, señor, de no haberla dejado en vuestra habitación?

—Pero si revolví todo de arriba a abajo. Además, sé lo que llevaba encima.

—En tal caso, señor...

—No tengo ninguna esperanza de que me la devuelvan; no obstante, ofreced a vuestros criados una buena recompensa si se descubre su paradero.

—Ya lo he hecho, señor, y han registrado toda la posada.

—Gracias, posadero—dijo Van Hoppe—, gracias.

Se retiró el hombre y Van Hoppe quedó murmurando.

—Posadero!—llamó Casanova.

—Decid, señor.

—¿El señor Van Hoppe está inquieto?

—Se comprende; ha perdido su cartera.

—Ya lo sé. Yo puedo prestarle un gran servicio, ¿quiere decirselo?

—Con mucho gusto...

Nuevamente se dirigió el posadero a la mesa de los Van Hoppe.

—Disculpadme, señor, vuestro vecino de mesa me manda que os diga que puede prestaros un gran servicio.

—¿Quién es?—preguntó el banquero levantando la cabeza bruscamente para mirar a los que le rodeaban.

—Un gentilhombre que acaba de llegar—explicó el posadero.

—¿Cómo se llama?

—No me lo ha dicho.

—No me gustaron nunca esta clase de encuentros.

La sobrina de Van Hoppe, a quien no había pasado inadvertida la figura de Casanova, vió que iba a perderse la ocasión de conocer a aquel gentil caballero y levantó su vocécita para que pudiera hablar con él.

—Sois muy mal pensado, tío—dijo Esther.

—¿Qué debo contestar?

—Decidle que aceptamos y que venga a nuestra mesa—interpuso Esther dando por terminada la discusión.

—Bien, señorita—dijo el posadero.

—Has tomado una decisión que me disgusta—exclamó el tío.

—Os quise avitar una descortesía impropia de un caballero.

—No acostumbro a ser descortes con nadie.

—Itais a serlo ahora.

—Tú no eres quién para juzgar mi conducta—dijo Van Hoppe.

Pero Casanova ya estaba junto a su mesa cuando Van Hoppe pronunció las últimas palabras. No era cuestión de revelar su mal humor ante un forastero y procuró disimular.

—Señor—dijo el galán—, acepto vuestra invitación y permitidme que me presente. Caballero Casanova de Steingalt; mis respetos, señorita.

—Bien, presentadnos, tío.

—Soy Van Hoppe, de Amsterdam, y mi sobrina, señorita Esther Van Hoppe.

—Sentaos, caballero—dijo Esther, que deliraba para entablar conversación con Casanova.

—¿Sois, acaso, el señor Van Hoppe, el banquero de Amsterdam que tanto juego está dando con la cuestión del empréstito?

—Exacto. ¿Me conociais?

—De referencias. Se os cita en Francia como un hombre muy hábil.

Van Hoppe sonrió satisfecho.

—¿Has oído, Esther? Os lo agradezco, pero no es esa la cuestión. Pretendéis poder prestarme un gran servicio...

—Así lo creo, en efecto.

—¿Cuál?

—Oí por casualidad que habíais perdido vuestra cartera.

—¿Sabéis algo de ella?

—No, en absoluto, pero puedo ayudaros a buscarla.

—No os comprendo—dijo Van Hoppe—; explicaos.

—Lo haré. Durante cierto tiempo me dediqué a la magia.

—¿Pretendéis ser hechicero? No creo en brujerías.

Esther se impacientaba y temía que Casanova les abandonara sin decir una sola palabra.

—¡Dejad hablar al señor de Casanova!—dijo Esther, impaciente.

—Hechicero o no, poseo la llave de un cálculo imaginario, que me permite el coloquio con todos los espíritus elementales.

—¡Qué tontería!—exclamó el banquero, riendo a pesar suyo.

—¿Pero por qué no probar lo que os propone el caballero tan amablemente.

—Porque soy cristiano y no creo en semejantes brujerías.

—Me voy a permitir haceros rectificar. Espíritu, trae recado de escribir...

—¿Habéis llamado Espíritu?

—Sí, es el nombre de mi secretario.

—¡Ah!—dijo Esther asombrada.

—Primeramente intentaré daros la descripción del billetero que habéis perdido y que yo jamás vi, como reconoceréis.

—Aquí está, señor.

—Gracias—contestó Casanova a su criado con la gentileza propia del gran caballero.

—Decidme, señor secretario—dijo el posadero—, ¿cuándo cenará vuestro amo?

—Más tarde—repuso Jasumi—; preparad mientras tanto su habitación.

Cuando Casanova y su criado entraron en la posada y hubieron

subido al primer piso, Jasumi había encontrado la cartera perdida por Van Hoppe, y enseñándola a su amo éste le dijo que de momento la guardara para ver si se podía sacar algún partido de tan feliz hallazgo. Al oír los lamentos del banquero por su pérdida, Casanova dió gracias a su buena estrella, pues, poseedor de la cartera, fácil le sería congraciarse con Van Hoppe.

Sentado Casanova en la mesa entre el banquero y Esther, continuaba haciendo sus consultas a la magia entre la admiración de la jovencita y el desdén del hombre de negocios.

—Planteo la pregunta—dijo Casanova—. Descripción del billete: he aquí la respuesta: «La cabra murió en la noche.»

—Curiosa respuesta.

—Cartera clásica. La interpretación de mi oráculo me dice lo siguiente: Tafiote negro, puesto que el cuero de cabra se llama tafiote, y noche porque es negro.

—¡Maravilloso!—exclamó Esther, más entusiasmada por Casanova que por la magia. La cartera era, en efecto, de tafiote negro.

—¿Estáis convencido?—preguntó Casanova.

—Es asombroso—admitió el banquero—; pero, ¿no podríais averiguar su paradero?

—Puedo intentarlo.

El caballero Casanova hizo unos cuantos gestos con sus manos, consultó sus libracos y habló de nuevo.

—A la pregunta: «¿Dónde se encuentra la cartera», recibo la siguiente respuesta: «Bajo techo. Bajo madera que permite al hombre elevarse.»

—¿Qué quiere decir esto?—preguntó perplejo el banquero.

—Señor—dijo Esther—, os suplico que nos aclareis vuestras palabras.

—«Bajo techo» lo interpreto como que se encuentra en la posada. «Bajo madera que permite al hombre elevarse», creo que quiere decir escalera; señor, vuestra cartera está debajo de la escalera.

—¡Posadero!—gritó Van Hoppe.

—Decid, señor.

—¿Cuántas escaleras tiene la posada?

—Una sola, señor...

—¿Que hay debajo de esa escalera?—preguntó Van Hoppe.

—Un cuarto...

—Enseñádmelo.

Mientras tanto Esther seguía con sus ojos los más insignificantes movimientos de Casanova, y éste, que no era lerdó en esas lides, cogió la mano de la jovencita y dijo en tono de admiración:

—Tenéis una mano divina.

—¿Sí? ¿Sabéis también leer las líneas de la mano?

—Tal vez.

—¿Qué veis en las mías?

Cogió Casanova aquella manecita, y concentrándose tanto como le fué posible para aguantarse la risa, dijo:

—Imaginación, corazón... sois muy sensible.

—¿Está muy marcado?

—Se ve clarísimo, perfectamente... aquí veo...

—Continuad; os lo suplico.

—No, no, es una cosa delicada y podría ofenderos.

—Decid lo que veais, a pesar de ello.

—Un gran amor, sí, eso es... un gran amor.

Van Hoppe y el posadero habían recorrido todo el cuarto de los trastos al pie de la escalera y no encontraban la cartera en parte alguna.

Fatigado y desengañado regresó el hombre al comedor lamentándose.

—No hay nada, no hemos visto nada.

—No lo habéis buscado bien. Iré personalmente a acompañaros—dijo Casanova.

—Yo también os acompañaré—exclamó Esther—; es muy divertido.

Toda la comitiva, banquero, Casanova, posadero, Jasumi y la jovencita descendieron de nuevo la escalera y empezaron a revolver todos los trastos que había en el sótano. Al pie mismo de la escalera había un tonel vacío en el que Casanova depositó la cartera, procurando que nadie se diera cuenta de sus movimientos. Dejó transcurrir algunos minutos y se acercó de nuevo al tonel.

—Mis cálculos son exactos—dijo Casanova—, y nunca me fallan. Vuestra cartera está forzosamente en esta mazmorra.

—La verdad, sigo sin verla—contestó el banquero de mal humor—, y temo que vuestra magia no sea más que charlatanería.

—¿Habéis mirado dentro de este tonel?—preguntó el caballero.

—No—dijo Van Hoppe.

—Pues mirad.

—¿Qué hay en este tonel?—preguntó el banquero dirigiéndose al amo de la posada.

—Nada, está vacío—respondió el buen hombre.

—Pues soy contrario a esta afirmación. Vuestra cartera está en el fondo. Mirad.

—¡Es magnífico!—exclamó Esther, a quien resultaba maravilloso todo cuanto decía Casanova.

Corrió Van Hoppe hacia el tonel, introdujo en él su manaza y sacó la cartera. No podía creer lo que veía y de momento no pudo articular palabra, tanta era su emoción.

—Señor, permitidme que os abrace—dijo al fin abrazando a Casanova.

—Yo también—dijo Esther, tirándose al cuello de Casanova.

—¿Pero qué es eso, Esther?—preguntó su tío alarmado ante aquel entusiasmo.

Hecha esta recorvención a su sobrina, Van Hoppe se ocupó de examinar el contenido de la cartera, y al ver que no faltaba nada su entusiasmo no conocía límites.

—Está todo, todo—decía—; las letras de cambio, los billetes de la Banca de Inglaterra, todo. Caballero, me habéis prestado un importante servicio... ¿aceptaríais?...

—Nada, señor, nada; vos me ofendéis.

—No insisto más, caballero; aunque lo lamento por mí. Ante el resultado favorable quisiera pedir os otro favor y no me atrevo.

—Estoy a vuestra disposición.

Habían regresado de nuevo al comedor y estaban sentados alrededor de la mesa, habiéndose cuidado muy bien Esther de sentarse junto a Casanova.

—¿No abusáis demasiado, tío?

—Puesto que el caballero lo permite... Es a propósito de un barco de la Compañía de Indias. Estamos sin noticias hace más de tres meses. Lógicamente, debió perder bienes. Un capitán por-

tugués me aseguraba haber visto flotar restos a lo largo de la costa de Francia, pero no hay ninguna prueba formal. ¿Podrías adivinar si salvaremos ese barco?

—Puedo intentarlo —dijo Casanova sin demasiado entusiasmo, porque encontrar un barco en alta mar era mucho más difícil que dar con una cartera que ya se tenía en el bolsillo. Pero a valiente y audaz nadie ganaba a Casanova.

—Gracias... ¿Que nos sirvan la mejor champaña!

—Mirad—exclamó Casanova levantando la copa—. A la pregunta: «¿Volverá el navío a puerto?», veo: «La esperanza es la vida», «El temor es vano», «Hace falta mucha paciencia para esperar».

—Ya comprendo—dijo Van Hoppe—, el navío no naufragó y entrará dentro de poco al puerto. ¡Es magnífico! Tal vez mañana rescate el seguro y la carga del barco que suponen perdido.

—Señor, os ruego que no os hagáis demasiadas ilusiones—se vió precisado a decir Casanova ante el entusiasmo de Van Hoppe por sus profecías.

—Si no os equivocasteis en lo de la cartera, ¿por qué os vais a equivocar en el asunto del barco?

—Esto es completamente distinto.

—Opino que mi tío tiene razón; sois muy modesto, caballero.

—Ahora bebamos a la salud del «Santa Lucía» para su feliz arribo a puerto.

—Y de la doncella Van Hoppe—dijo Casanova levantando su copa y dando una mirada a Esther que ésta no olvidaría jamás.

—Sí, sí—contestó Van Hoppe.

—A la salud del «Santa Lucía»—dijo Jasumi.

—Disculpad, señores—contestó Van Hoppe—, pero estoy muy cansado— ¿Quieres acompañarme, Esther?

—Ahora mismo, tío.

Se levantaron los caballeros, y, antes de despedirse, Casanova preguntó:

—¿Estaréis aquí muchos días?

—El tiempo necesario para realizar una operación y luego iremos a París.

—¿En viaje de placer, tal vez?

—Sí y no. He de estudiar un negocio, un empréstito que me pide Francia.

—Buen negocio, ¿no os parece? Francia tiene recursos.

—No estoy de acuerdo con vos, precisamente. Hasta mañana, caballero, y otra vez mil gracias.

El banquero se dirigió hacia la escalera y Casanova retuvo un momento a la sobrina.

—Tengo muchas cosas que deciros. ¿Tiene el sueño ligero vuestro tío?

—¿Qué pretendéis?—exclamó Esther alarmada.

—Visitaros en vuestra habitación.

—Pero esto es imposible... no estaría bien.

—Venid, pues, a la mía.

Esther ya no era dueña de su voluntad ante la mirada de Casanova, y sumisa contestó:

—En todo caso, iré a media noche.

—¿Subes, Esther?—dijo el tío desde lo alto de la escalera.

—Sí, sí, ya voy, espera...

### UN NUEVO AMOR... Y UN ÚLTIMO AMOR

Se escuchaba todavía la vibración de la última campanada de las doce en el reloj de la posada y el eco del de la torre del pueblo, cuando unas ligeras pisadas cruzaron el corredor y unos nudillos de mano de mujer llamaron a la puerta de la habitación de Casanova.

De un salto dejó su silla el caballero y abrió la puerta.

—¡Entrad!—dijo, y la cerró tras la frágil figurilla de Esther.

—Estoy muerta de vergüenza. Sólo vengo por curiosidad—dijo emocionada—; prometedme que os portaréis como un caballero.

—¿Tan poca confianza tenéis en mí?

—Sí... no...

—¿Entonces ignoráis de quién soy embajador?

—¿Sois embajador, caballero?

—En cierto modo...

—Excelencia—dijo Esther haciendo una reverencia.

—No me llaméis así! ¿Queréis saber de quién?

—¿Sí?

—¿No diréis una sola palabra?

—Os lo aseguro.

—Represento al rey de Francia.

—¿Al rey de Francia?

—Soy su enviado especial. Se trata de conseguir un empréstito. Me imagino que vuestro tío no comprende toda la importancia de esta operación que os pondría en primer plano de la vida parisina.

—Ya lo comprendo, caballero, pero mi tío no es más que un hombre de negocios.

—Pues hay que procurar aconsejarle. Hacedlo en esta ocasión.

—No os preocupéis... Embajador del rey de Francia.

—Embajador junto a vos.

—¿Es verdad que leisteis un gran amor en mi mano?

—Tan cierto como me veis...

—¡Caballero Casanova!...

—¡Esther!

En banquero Van Hoppe amaneció muy temprano y sorprendió con sus saludos a toda la posada.

—¡Buenos días, posadero!

—Señor...

—Traed en seguida todo lo mejor de vuestra cueva, los vinos añejos, las mejores champañas, los más preciados licores.

—A vuestras órdenes, señor Van Hoppe, a vuestras órdenes.

—¿Dónde están mi sobrina y el caballero Casanova?

—Están... están... ahí vienen, señor.

—Venid, permitid que os abrace, caballero, y a ti también.

—¿A qué viene este cambio, tío?

—Tenéis ante vos el más feliz de los mortales. ¡Ah, muchachos, qué negocio! El «Santa Lucía» ha entrado en Dunquerque. Las autoridades del puerto lo inspeccionaron oficialmente y su carga está intacta. Como volví a comprarlo todo, todo es mío. He obtenido unos beneficios incalculables. Gracias a vos, caballero—

Casanova; dejadme que os abrace. Esther, abrázale tú también.

—Por favor, tío...

—Nada, hazlo, se lo merece. A partir de ahora no nos dejaréis más. Quiero que me acompañéis a comer y a beber para celebrar el éxito.

—Adivinasteis exactamente—dijo Esther, que no se separaba un instante de Casanova.

El caballero aventurero estaba perplejo y no sabía qué pensar. «Acabaré por creer lo que invento», dijo para sí.

—Invito a beber a todo el mundo—insistió Van Hoppe—; y ahora, Casanova, pedidme lo que queráis; después de lo que hiciste por mí, está concedido.

—Me parece adivinar—insinuó Esther— que el mayor placer que podríais dar al caballero sería que suscribierais el empréstito con Francia.

El hombre de negocios perdió por un instante el optimismo al oír hablar del empréstito con Francia.

—De ninguna manera quisiera forzaros a firmarlo—dijo Casanova.

—¿Habéis consultado vuestro oráculo respecto a ello?

—Desde luego.

—¿Y la respuesta es satisfactoria?

—Me dice: «Excelente negocio para los banqueros de Amsterdam.»

—Pues bien, tengo confianza en vos una vez más. ¿De acuerdo, Esther?

—Por mi parte adoro a Francia—contestó la sobrina mirando a Casanova.

—Y yo también—agregó el banquero—, y os prometo que será Amsterdam quien suscriba el empréstito.

Casanova había triunfado plenamente una vez más y, acompañado de su criado, el fiel Espíritu, regresaba a París para imponerse sobre el intrigante Henríquez. Pero el caballero ignoraba que durante su ausencia sus dos enemigos mortales, Henríquez y Coraline, habían logrado denunciarle por los negocios de la lotería hasta conseguir que se embargara su vivienda y retiraran de allí todos sus bienes. El hermoso piso de Casanova en París estaba como si hubiesen entrado en él salteadores de caminos. Los

oficiales del juzgado estaban sacando inventario, mientras otros hombres retiraban los muebles.

—¿A qué obedece todo esto?—preguntó Casanova a un oficial.

—Se le acusa de estafa con detrimento del Tesoro del Estado, consecuente a la percepción de la Lotería Nacional. Tengo orden de deteneros.

—Os conozco—dijo Casanova—, sois el mismo oficial que me detuvo a mi llegada a París.

—El mismo. Cumplo órdenes.

Un policía se acercó al oficial con una sortija en la mano.

—Hemos encontrado esta joya.

—Dadme esta sortija—gritó Casanova al reconocer la joya que le había entregado Genevieve el día de su primer encuentro—; para mí es un recuerdo sagrado.

—Lo siento—dijo el oficial.

—Dadme esa sortija o no respondo de nada—gritó Casanova.

—En efecto—dijo una voz extraña—, se os puede dejar esa sortija. Buenos días, caballero Casanova.

Era Henriquez que había aparecido a presenciar la ruina de su enemigo para darle cuenta de todo lo que había ocurrido durante su ausencia.

—Celebro que hayáis venido, Henriquez, ahora ya me lo explico todo. ¿Creéis haberme vencido, lord Andrews Seattle? Siempre he sabido quién erais. ¡Un traidor! No habéis triunfado sobre mí, os defraudaré. Acabo de cumplir una misión que me elevará más alto de lo que imaginé.

—¿Una misión?

—Sí, he conseguido el empréstito con la Banca de Amsterdam; para mejor enteraros, dirigios al señor de Boulogne.

Una mueca que querría ser una sonrisa mudó el semblante de Henriquez.

—El señor de Boulogne cesó en sus funciones anteayer; el señor de Vernis le siguió en su desgracia, y otra gran amiga vuestra también ha caído en esta tempestad de salón. A la señora Clotilde de Manoir la invitaron a que se marchara a sus posesiones. Ha salido de París esta mañana. Noticias sorprendentes, ¿verdad?

—No podréis restar mérito a la misión que acabo de cumplir.

—De poco os vale. El proyecto de operar con Holanda ha sido abandonado. Inglaterra ofrece condiciones más ventajosas.

—¡Perfectamente!

—Había prometido vengarme después de nuestra entrevista de cierta mañana y creo haberlo conseguido. Mi venganza se detiene aquí. Tenéis que prometer a la policía que dejaréis París dentro de cuarenta y ocho horas y yo os prometo, a mi vez, que no se os molestará.

Estas eran las palabras que Henríquez pronunciaba ante Casanova, pero en su casa ya había dado orden a la policía de que le vigilaran estrechamente, y como seguramente Casanova no abandonaría París tendrían derecho a disparar sin miramientos, y por casualidad, sí, por casualidad, alcanzarían al caballero Casanova. Pero esta orden había sido oída por Consuelo, la dulce sobrinita de Henríquez, prendada de Casanova desde el día en que la defendió de un ladrón ante la puerta de la iglesia. Consuelo estaba empeñada en salvar a su amor de las garras de su tío, y ataviada de muchacho se dirigió a la posada de los «Dos Hermanos» para prevenirle del peligro que corría.

—Marchaos, os lo suplico: mi tío desea vuestra muerte.

—Os agradezco que hayáis venido a avisarme, pero de momento debéis marcharos de aquí.

—No quiero irme; ya veo que os burláis de mí, pero, a pesar de eso, os quiero, caballero Casanova.

—Creedme, regresad antes de que se den cuenta de vuestra huida. ¿Sentís miedo de regresar sola?

—¡No!—casi gritó Consuelo, y salió de la posada sin mirar atrás.

Un instante después, Consuelo regresaba.

—Tengo un poco de frío. ¿Podrías dejarme vuestra capa?

—En seguida. ¿Preferís que os acompañe?

—No hace falta; gracias, caballero Casanova.

Los hombres que estaban apostados a la esquina para asesinar a Casanova, siguiendo órdenes de Henríquez, vieron salir al que supusieron el caballero y dispararon sobre él sin piedad. Cayó al suelo aquel cuerpo joven y corrieron hacia él. Los disparos habían llamado la atención de Casanova, que también se lanzó a

la calle para averiguar lo que había ocurrido al pie de la fonda. Los dos enemigos mortales se encontraron junto al cadáver de Consuelo, que no había vacilado en dar su vida para salvar la del ser querido.

—¡Vos la habéis asesinado!—dijo Casanova.

—¡Os maldigo por haberlo dejado vuestra capa! Somos dos miserables—dijo Henriquez— y os odio más que nunca, pero le prometí que os dejaría vivir. ¡Salid de aquí ahora mismo!

—Os juro por la salvación de su alma que saldré de París al amanecer.

Los pasos de Casanova le condujeron hasta Carlin, donde fue recibido por Máxim, el airado hermano de Genevieve.

—Caballero Casanova, hasta aquí llegó el escándalo de vuestras locuras, de vuestros pesares e incluso de vuestra muerte. Cansada de esperar en vano, Genevieve profesó hace cuatro días en el convento de las Madres Visitadoras.

—¡Mi última ocasión de salvarme!

—¡Jamás encontraréis en vuestras andanzas otra mujer como ella y llevaréis hasta la muerte el remordimiento de vuestra culpa. Idos, caballero Casanova; sois un miserable y seréis siempre pobre, porque no sabéis ganar la felicidad... ahora marchaos. El hecho de dejáros vivir constituye la mayor venganza.

\* \* \*

... Y cuenta la historia que tras aquella acusación de Máxim de Carlin, reconocido por el caballero Casanova el sacrificio que condujo a Genevieve a ofrecerse a Dios para lavar las culpas de su depravación, desprendióse de su orgullo y vanidad y decidió dirigirse a un monasterio de Suiza para recluirse en él y encontrar una paz que jamás había conocido.

Aquel sacrificio fructificó en un sincero arrepentimiento y en la esperanza de que la Providencia haría el milagro de unir dos almas que a partir de aquel momento tomaban el camino que les reuniría en la Eternidad.

La mejor literatura  
la encontrará Ud. en

# Ediciones Biblioteca Films

## «Serie especial»

CUANDO QUIERE UN MEXICANO  
ASI SE QUIERE EN JALISCO  
DIEGO BANDERAS  
PERJURA  
JORGE NEGRETE (Biografía)  
LA CAMARA DIABOLICA (1.ª parte)  
EL RAYO DE LA MUERTE (2.ª parte)  
LA DOLOROSA  
TARZAN DE LAS FIERAS  
LA MADRINA DEL DIABLO  
SARGENTO YORK  
SEDA, SANGRE Y SOL  
UNA CARTA DE AMOR  
UNA MUJER INTERNACIONAL  
MI NOVIO ESTA LOCO  
¡AY, JALISCO NO TE RAJES!  
TAMBIEN SOMOS SERES HUMANOS  
LA VENGANZA DE LACARDERE  
CAMINO DE SACRAMENTO  
DESTINO  
EXTRAÑA MUJER  
LA DAMA DE LA FRONTERA  
MORENITA CLARA  
MONTECASSINO

3'50 Ptas.

Jorge Negrete  
Jorge Negrete  
Jorge Negrete  
Jorge Negrete

Flash Gordon  
Flash Gordon  
Rosita Diaz  
Buster Crabbe  
Jorge Negrete  
Gary Cooper  
Jorge Negrete  
Jorge Negrete  
George Brent  
Dennis O'Keefe  
Jorge Negrete  
Burgess Meredith  
Jorge Negrete  
Jorge Negrete  
Ingrid Bergman  
Hedy Lamarr  
Yvonne de Carlo  
Evita Muñoz (Chachita)  
Uslaida Ley

## «Serie especial»

DON QUIJOTE DE LA MANCHA  
COMO MEXICO NO HAY DOS  
EL AMETRALLADORA  
¡VIVA MI DESGRACIA!  
TORTURA  
EL FANFARRON  
UNA CANCION EN LA NOCHE  
ALADINO Y LA LAMPARA MARAVILLOSA  
MUJERES  
GRAN CASINO  
HOMBRES DE PRESA  
EL MUNDO CELESTIAL  
EL AHUJADO DE LA MUERTE  
LOS TRES GARCIA  
EL VERDUGO  
NOCHE ETERNA  
PASION QUE REDIME  
NUNCA LA OLVIDARE  
NOCHE Y DIA  
EL BARCO DE LA MUERTE  
PAULA  
PERLA MALDITA. SHERLOCK HOLMES  
FANTOMAS CONTRA FANTOMAS

4' — Ptas.

Rafael Rivelles  
Tito Guizar  
Pedro Infante  
P. Infante - Tito Calaveras  
Stu Jene  
Jorge Negrete  
Domingo Soler  
Cornel Wilde  
Joan Crawford  
Jorge Negrete  
John Wayne  
Hedy Lamarr  
Jorge Negrete  
Pedro Infante  
Margarita Andrey  
Henry Fonda  
Hedy Lamarr  
Irene Dunne  
Cary Grant  
Glenn Ford  
Glenn Ford  
Basil Rathbone  
Aimee Clariond



CANCIONEROS DEDICADOS  
AL DIVO DE LA CANCION

# Antonio Machín

---

1 peseta

ANTONIO MACHIN

Angelitos negros

ANTONIO MACHIN

El divo de la canción

ANTONIO MACHIN

Dos gardenias

2 pesetas

ANTONIO MACHIN

Anoche hablé con la luna

ANTONIO MACHIN

«Cancionero Internacional»

ANTONIO MACHIN

Boleros de moda

ANTONIO MACHIN

Nuevas creaciones

ANTONIO MACHIN

Melodías de Color. Nuevas canciones

ANTONIO MACHIN

Cancionero Afrocubano

---

COMPLETE USTED LA COLECCION DEL  
MAS SELECTO ARTISTA DE MODA

---

4 pesetas

